

# Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

*PRIMER TRIMESTRE DE 1949*

## SUMARIO:

RICHARD WRIGHT: *DE NORTEAMERICA Y  
RUSIA* ¶ GONZALEZ VERA: *LOS ANARQUISTAS*  
¶ MANUEL ROJAS: *ENTRADA A CHILE* ¶ LUIS  
FRANCO: *OTRA FAZ DE HORACIO QUIROGA* ¶  
HORACIO QUIROGA: *LOS HOMBRES HAM-  
BRIENTOS* ¶ JULIO MONCADA: *ECHO A CAER  
AQUI MI LLANTO* ¶ ENRIQUE ESPINOZA:  
*CONCIENCIA POETICA DE ANTONIO MACHADO*

---

SANTIAGO **49** DE CHILE

*Cristal*  
YUNGAY

*Créditos*

ESTADO 167

DR. S. TANNENBAUM B.  
LABORATORIO  
CLINICO

Exámenes completos de orina, Jugo Gástrico y Duodenal, Desgarro, Deposiciones, Líquidos Patológicos, etc., etc. Reacciones de Weinberg, Wassermann, Kahn. Líquido Céfalo Raquídeo, etc., etc., Exámenes químicos de sangre: Urea, Glicemia, Acido Urico. Pruebas Hepáticas, Renales, etc., Sección Hematológica completo, Sección completa de Bacteriología: Widal, Paratífus, Difteria, etc., etc. Sección Anatomía Patológica e Histopatológica.

\* \* \*

PLAZA BULNES (NATANIEL) 31  
Teléfono 65626, Casilla 615, Santiago



NO NECESITA AZUCAR  
NI HUEVOS

DISTRIBUIDORES

DUNCAN, FOX Y CIA. Ltda.

CHAMPU  
**BAYCOL**

LIMPIA  
Y CONSERVA

SU  
CABELLERA

GUIA DE LIBREROS

**LIBRERIA APOLO**  
Pasaje Matte 88 - Tel. 66727

TODO LO QUE SE LEE EN ESPAÑOL

CONCEDEMOS CRÉDITOS  
CONSULTE CONDICIONES

**LIBRERIA CULTURA**  
Catedral 1039 - Tel. 68813  
Casilla 4130

AHORA A VEINTE PASOS DEL  
CORREO Y DE LA PLAZA DE  
ARMAS

**EDITORIAL DEL PACIFICO**  
— S. A. —

Ahumada 57 - Teléfono 89166  
Casilla 3126

LIBRERÍA.—SALA DE  
EXPOSICIONES

**LIBRAIRIE FRANCAISE**  
Estado 36 - Tel. 80504  
Casilla 43 D.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y  
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.  
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS  
LAS NOVEDADES

**LIBRERIA NASCIMENTO**  
San Antonio 240 - Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES  
NACIONALES Y EXTRANJERAS

**LIBRERIA DE OCCIDENTE**  
Alameda B. O'Higgins 1313  
Teléfono 69649

LITERATURA GENERAL

**LIBRERIA PLUS ULTRA**  
(Ex-Librería Ercilla)  
Agustinas 1639 - Tel. 62222  
Casilla 4655

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS  
DEL SABER HUMANO

**LIBRERIA SALVAT**  
Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA  
GENERAL

**LIBRERIA SENECA**  
Huérfanos 836 - Tel. 32217

LIBROS TÉCNICOS Y  
LITERATURA EN GENERAL

**LIBRERIA  
UNIVERSITARIA**  
Alameda B. O'Higgins 1058  
Teléfono 82453

OBRAS DE ARTE, CIENCIA,  
FILOSOFÍA Y LITERATURA



## Colaboradores

RICHARD WRIGHT.—El discurso que publicamos del novelista de *Sangre negra* fué pronunciado por su autor en el acto realizado en la Sala Pleyel de París ante un considerable público de intelectuales socialistas. Otros oradores de esa velada fueron: Albert Camus, Jean-Paul Sartre, David Rousset, Carlo Levi, Teodoro Plivier y Jef Last.

GONZÁLEZ VERA.—Véanse sus anteriores recuerdos publicados en BABEL «Estudiantes del año veinte» (N.º 28); «Mis relaciones con la religión» (N.º 35); «En el Club de Septiembre» (N.º 37); «Aprendiz de barbero» (N.º 39); «Cuando era muchacho» (N.º 40); «Vuelapoco y otros» (N.º 42); «Patancha y el vegetariano» (N.º 43); «Maruri esquina de Cruz» (N.º 45); «En el liceo» (N.º 46); «Las sastrerías» (N.º 47).

MANUEL ROJAS.—Páginas similares del mismo autor en números anteriores de nuestra revista: «Ensayo de la mañana» (N.º 13); «Deshecha rosa» (N.º 14); «El último combatiente» (N.º 15-16); «El cuento y la narración» (N.º 19); «España otra vez» (N.º 22); «Versos para la revolución de Octubre» (N.º 24); «Antólogos y antologías» (N.º 25); «Paz en Europa?» (N.º 27); «El socialismo y la libertad» (N.º 30); «Hans Steffen y la lealtad» (N.º 37); etc.

LUIS FRANCO.—El nuevo fragmento sobre Horacio Quiroga que publicamos en este número pertenece a la misma conferencia, todavía inédita en gran parte, que pronunciara en Buenos Aires el autor de *América Inicial* con motivo de cumplirse el décimo aniversario de la muerte de Quiroga.

HORACIO QUIROGA.—(1879-1937) Véase en BABEL: «El regreso de Horacio Quiroga» por Enrique Espinoza (N.º 20); «La literatura y el hombre» por Manuel Rojas (N.º 38); y los relatos póstumos de índole social del propio Quiroga: «Los precursores» (N.º 1); «El soldado» (N.º 13); «Sinfonía heroica» y una carta inédita (N.º 20); «Paz» (N.º 38), dignos compañeros de «Los hombres hambrientos».

JULIO MONCADA.—Joven poeta chileno de la nueva generación que reside actualmente en Montevideo desde donde nos ha hecho llegar su poema inédito «Echo a caer aquí mi llanto», por intermedio de Edmundo Concha, el novelista de *Los gusanos*.

ENRIQUE ESPINOZA.—Director de BABEL desde su fundación. Véase «Heine y Marx» (N.º 19); «B. Sanin Cano» (N.º 24); «Ignacio Silone» (N.º 27); «Martí, ahora» (N.º 29); «La tragedia de Walther Rathenau» (N.º 39); «Sentido social de Martín Fierro» (N.º 40 y 41); «André Gide, uno y diverso» (N.º 43); «La síntesis genuina de Lugones» (N.º 46); El trabajo sobre Antonio Machado aunque escrito y publicado, en una extinta revista de Buenos Aires, en Marzo de 1939, no se ha impreso aquí hasta hoy. Lo hacemos justamente en el décimo aniversario de la muerte del gran poeta,

# Babel

REVISTA DE ARTE Y CRÍTICA

DIRIGIDA POR ENRIQUE ESPINOZA

AQUÍ SE CONFUNDE EL TROPEL  
DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN  
Y SE EDIFICA LA BABEL  
EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

AÑO X 1949 VOL. XII

SANTIAGO DE CHILE

**E**L HOMBRE  
QUE MIRA CON SERIEDAD A  
SU ALREDEDOR Y TIENE OJOS  
PARA VER, DEBE SER FUERTE  
Y TENER IDEAS FIJAS.

GOETHE

## APELACION A LOS SUSCRIPTORES

EN VÍSPERAS de cumplir un decenio de vida chilena, esta revista—que al comienzo aparecía cada mes y que luego debió aparecer, aunque con regularidad y durante cinco años, como órgano bimestral—estuvo, siguiendo la suerte de todas las iniciativas de cultura, próxima a extinguirse con el número último de 1948.

El motivo, como siempre, era un hecho vulgarísimo pero perturbador: el alza incesante de los precios del papel y de la imprenta.

Al comenzar este año, los suscriptores que estaban al tanto de lo que ocurría nos preguntaron qué pensábamos hacer; debimos confesarles que no teníamos medios para continuar publicándola. Sus incitaciones, entonces, para que no abandonásemos la tarea, la expresión de su aprecio por la obra de la revista y el ofrecimiento de pagar mayor suma por la suscripción, nos movieron a ponerle el hombro nuevamente.

Después de estudiar qué cambios podían permitirnos financiarla, acordamos hacer cuatro números al año y elevar la suscripción a cien pesos. Cada número será de sesenta y cuatro páginas y en el curso del año procuraremos que su aparición coincida con el primer mes del trimestre respectivo.

Por si alguien lo ignorara, declaramos que esta revista no recibe ninguna ayuda oficial ni privada. Tres quintos de su costo lo proporcionan los suscriptores. El resto es producto de los avisos y de la venta de números sueltos. Aunque la caja de esta revista se cierra sin saldo a favor, ha logrado mantener el principio de independencia y libre examen con que naciera.



*Rarísima es la revista literaria que aquí o en el extranjero puede vivir sin protección. El hecho de haberla conservado así tanto tiempo no deja de complacernos, pero ¿cuánto más durará nuestra resistencia? Esto nos mantiene en un estado de ánimo parecido al de los ingenuos que todos los meses compran un entero de la lotería. Pues, aunque la experiencia nos predice que la única gente generosa es la pobre (¡con qué gusto quisiéramos estar equivocados!) no dejamos de aguardar legados sin condiciones.*

*Claro que mientras nacen esas personas o maduran para tan loable propósito, rogamos a nuestros suscriptores hablar a quienes pueda interesarles la revista y darnos sus nombres. Algunos lo han hecho ya espontáneamente.*

*Y con esto ponemos término a esta confesión de índole pentecostal.*

## B a b e l

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,  
Lafin Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número . . . . . \$ 30 m'ch.  
Suscripción a 4 números . . . . . \$ 100 m'ch.

### FUERA DE CHILE:

Precio del número . . . . . 0,75 u.s.  
Suscripción a 4 números . . . . . 2,50 u.s.

*Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster*

## NORTEAMERICA Y RUSIA

MI CUERPO ha nacido en Norteamérica, mi corazón en Rusia, y heme aquí hoy todo confundido entre mis dos patrias. Fué el estado norteamericano de Missisipi el que formó mi cuerpo; fué la revolución rusa de Octubre la que me dió el corazón. Mas hoy estas dos gigantes naciones—símbolos del azote nacionalista de nuestro tiempo—rivalizan en esfuerzos para establecer planes para el embrutecimiento del espíritu. Se han hecho culpables de humillar a la persona humana; culpables de envilecer la cultura de nuestro tiempo; culpables de reemplazar los valores de cualidad por los valores de cantidad; culpables de crear un universo que poco a poco se revela como la cámara de gas para la humanidad.

Estas dos naciones, Norteamérica y Rusia, pretenden ser los representantes oficiales de la libertad humana y, entre ambas pretensiones oficiales, entre las amenazas que se hacen una a otra, el espíritu humano es crucificado. Los hombres tienen miedo. No hay elección para ellos. No pueden hacer planes. No pueden pensar en el mañana. Tiemblan en medio de una noche de temor y espanto. Los imperativos de una vida militarizada e industrializada han obscurecido y debilitado a tal punto los instintos humanos que los hombres ni siquiera saben que están perdidos.

Vosotros sabéis cuán cierto es eso. Yo también. ¿Por qué, pues, no declararlo? ¿Por qué no consentir en hacer de ello el punto de partida determinante de nuestro verbo y nuestra acción?

Sin embargo, a fuer de hombres conscientes, debemos comprender que la crisis que afrontamos es de naturaleza más grave que la lucha entre Norteamérica y Rusia. En verdad, estas dos naciones hacen la guerra a vuestro espíritu y a mi espíritu, el espíritu contemporáneo que los libros, la cultura y la historia nos legaron; que Dante, Shakespeare, Racine y Goethe nos legaron. Cada paso de Norteamérica y cada paso de Rusia nos van acercando al punto donde el pensamiento libre, el sentimiento libre y la acción libre no son ya posibles. Vivimos presionados.

Norteamérica dice que sólo ella es la campeona de la libertad; y Rusia dice asimismo que sólo ella es la campeona de la libertad. En realidad estas dos naciones adoptan ideas en las que no creen verdaderamente, que hasta odian y desprecian. Norteamérica desconfía de vosotros, intelectuales; ha inventado toda una terminología para expresar su desdén por las creaciones del espíritu humano; a la gente que piensa la llama desdeñosamente: los melencidos, los pedantes, los soñadores, los bohemios, los teorizadores, los intelectuales bastardos, los iluminados, etc. Y Rusia, ¿cómo los llama? Monos, hienas, chacales, tales son los nombres que fueron arrojados a T. S. Eliot, a André Gide y a los mejores escritores vivos en el reciente congreso cultural de Polonia.

Escuchad, escritores y artistas: los hombres que hoy dirigen el mundo os han declarado la guerra. No se os necesita, no hacéis falta en la sociedad que proyectan construir. Se os considera peligrosos. Lo han dicho en Hollywood y lo han dicho en Praga. Cualquiera sea el vencedor, vosotros perderéis; seréis reducidos a una dependencia abyecta, a la esclavitud, a ser discos repetidores de la doctrina oficial. A vosotros, hombres de espíritu, os pregunto: ¿hay cómo elegir? ¿Podeis decir sí ante lo que simboliza Norteamérica? ¿Podeis decir sí de todo corazón ante lo que simboliza Rusia? Si podeis decir sí ante una u otra perspectiva, eso significa que hay algo completamente muerto en vosotros, que la batalla que se libra entre Norteamérica y Rusia está ganada ya. Si podeis elegir, significa que la humanidad está perdida, que dos mil años de historia del hombre han llegado a su término, que nuestra propia concepción del hombre está enterrada.

No puedo responder a las preguntas que planteo. Y no me excuso. Hay épocas en la historia en que las palabras solas no pueden dar respuestas. Hay épocas en que solo los actos vivos pueden responder. Un tiempo así es el nuestro. Actos, he aquí lo que vosotros, intelectuales, debeis llevar a cabo; actos por medio de las palabras, actos que resuman vuestras experiencias, vuestras necesidades, vuestros sueños...

¿Creeis que exagero la gravedad del problema? Escuchad y acordaos. Hay naciones en el mundo de hoy donde la sensibilidad se ha vuelto políticamente sospechosa, donde hablar de las cualidades subjetivas del hombre es un crimen, donde sólo hablar de la libertad supone ser deshonrado, espiado; don-

de el sevilismo es exaltado, la mentira reverenciada, la duplicidad santificada, obligatorio el falso testimonio, un deber patriótico la soplonería; donde los laboratorios científicos deben ser resguardados por las bayonetas.

No se trata de casos aislados que sólo afectan a individuos sin honor. No; se trata de credos oficiales de gobiernos que manejan a centenas de millones de hombres. Oponerse a esta marea, es arriesgarse a una muerte brutal o exponerse a perder todos los medios de ganarse el pan.

La guerra contra el hombre está declarada, y si no lo sabeis aun, si aun no teneis conciencia de ello, sereis incapaces de actuar de modo que resulteis un ejemplo para los que han sido atrapados en esta situación e ignoran que es ya casi tarde.

La libertad de palabra no basta. La libertad de religión no es suficiente. Ser liberados del miedo y la miseria no es bastante. Una nación no puede dar a sus ciudadanos el derecho y la libertad de ejercer sus poderes naturales si está asentada sobre el fraude. El hombre debe tener la libertad de seguir siendo hombre. La libertad no es negativa, no puede ser sólo la posibilidad de liberarse «de» alguna cosa, sino la de ir «hacia» alguna cosa. Debe permitir al hombre la creación de nuevos valores por su acción, de lo contrario no está hecha para el hombre.

Norteamérica y Rusia están llenas de máquinas que estrangulan la vida en vez de protegerla. Norteamérica y Rusia están llenas de instituciones educacionales cuyo fin no es formar individuos independientes sino tipos humanos uniformes para ser leales al Estado.

El nacionalismo intolerante y estridente de Norteamérica y de Rusia priva a millones de hombres que viven en su territorio del uso normal de los sentimientos humanos y los empuja a convertirse en proyectiles de propaganda dirigida a los que «piensan mal».

En Norteamérica y en Rusia el derecho a un destino humano individual es sacrificado en nombre de un ideal nacional impuesto. En Norteamérica y en Rusia una psicosis política sustrae hoy al hombre los medios de resolver objetiva y razonablemente sus problemas de abrigo y alimentación. El nacionalismo actual, en Norteamérica y Rusia, obliga al hombre a abandonar su herencia humana. Norteamérica y Rusia pretenden que su acción tiende a defender al pueblo; pero de hecho mata la vida del hombre sobre la tierra.



Para impedir todo esto ¿qué podemos hacer? La situación no es afortunadamente muy desesperada. Creo que aun tenemos una salida. Para nosotros el problema está en no combatir a los gigantes nacionales en su terreno. Nuestras armas no son las de ellos. Existe aun para nosotros un espacio para la libertad y ese espacio es vuestro espíritu y mi espíritu, vuestra facultad de hablar y escribir palabras que retienen la atención y hacen que los hombres se detengan, miren y escuchen. Por algún tiempo aun tenemos esa libertad; ¿por cuanto tiempo? No lo sabemos.

Pero este ínfimo espacio de libertad está rodeado de amenazas: la falsa cultura para uso de las masas y que empobrece el espíritu, la moral que miente, los gobiernos de gangsters, los libros que mistifican en vez de aclarar, el crimen que habla el lenguaje de la revolución y la revolución que habla el lenguaje del crimen.

Podemos ahora mismo hacernos oír. Y esto debe bastarnos. Solo tenemos pocos aliados. Durante siglos los hombres como nosotros han trabajado para mecenas, patronos, señores y amos. Pero esto se acabó. Hoy los señores tienen miedo de vosotros; nada quieren saber de vosotros. En adelante estareis solos y sereis vuestros propios amos.

Es preciso que halleis el modo de hacer que vuestras palabras sean el aguijón capaz de incitar a los hombres a decidir por sí mismos. Es preciso que halleis las palabras y las imágenes capaces de hacer sentir a los hombres la vida de modo más directo, más inmediato, más agudo. Es preciso que vuestras palabras inculquen fe en los hombres; pero no una fe basada en la superstición. Es preciso que gracias a vuestras palabras los hombres salgan de la rutina impersonal y cotidiana de las grandes ciudades y experimenten otra vez la necesidad de manifestarse, de quererse, de realizarse. Es preciso que vuestras palabras susciten en el hombre la voluntad de serlo.

Vuestras palabras deben ser una plegaria del hombre por el hombre. Deben suscitar en el hombre el deseo de seguir siendo hombre. No hablo del paraíso ni del infierno, sino pura y simplemente de nuestra triste y dulce tierra, con sus hombres que sufren y sus momentos de amargo triunfo humano.

El gran peligro está en que el hilo de la historia que tenemos tan débilmente en nuestras manos se rompa en vida nuestra; que el pasado que nos ha nutrido y el porvenir que queremos hacer se nos escapen y nos dejen en un presente árido, desnudo de toda significación humana.

Para que nuestro universo no se nos escape, se hace necesario que un solo hombre hable con diez lenguas de hombres, que uno solo de vuestros actos valga por mil. Tal es nuestro desafío. Si fracasamos no sólo perderemos vuestras endeble vidas individuales, sino también todo lo que es humano en el mundo, todo lo que la historia, por imperfecta que sea, nos ha legado. El mundo es más grande que Norteamérica y Rusia. La humanidad es más grande que Norteamérica o Rusia. Es un hecho. Si creemos en él podemos vencer.

## LOS ANARQUISTAS

CON lentitud llegué al convencimiento de que debía ser productor. En mis empleos fuí un mísero intermediario. Quería crear algo, servir así a mis semejantes.

En las reuniones del Centro «Francisco Ferrer» conocí a varios zapateros. Eran los trabajadores más ilustrados, con la sola excepción de los gráficos que se cultivan trabajando.

El zapatero efectúa su oficio, al menos en parte, mecánicamente. Hasta sin quererlo echa a volar su imaginación. Cualquiera que sea su entendimiento, él lo pule. Los más poseen una idea del mundo, algo como un sistema. Puede haber entre ellos individuos frívolos, pero la mayoría tiene una firmeza nada común.

Inicié mi aprendizaje en el taller del viejo Silva, zapatero honorable, alto, huesudo. De cada hueso o arruga suyo fluía bondad. Fué borracho perdido. Con sus compinches consumía un chuico en cosa de horas. Cuando el vino les rebalsaba de la garganta, echábanse el resto en los bolsillos, se restregaban la cara con él, hacían locuras; pero alguien debió decirle que este vicio degrada, y debió ser en esos raros instantes en que el ser humano está en disposición de cambiar de rumbo. Manuel Antonio Silva cambió el vino por el agua, y comenzó a leer *La Conquista del Pan*. Aunque su natural fuera rudo, fué dulcificándose por obra de sus nuevos pensamientos. Su voz no por gruesa y gastada era menos cordial. Logró mantener a su familia en la decencia y dispuso de un buen traje para visitar a los abogados, los jueces y otras personas de calidad. Hacía las veces de delegado de los anarquistas. Manejaba el poco dinero que éstos reunían. Lo acompañé en una visita que hiciera a don Carlos Vicuña, cuando éste habitaba en Calle Jofré. Quizás fuimos a pedirle que defendiera a Rebosio. Don Carlos habló con vigor y elocuencia de la libertad. Lo escuché enteramente. Sin embargo, se interrumpió por un instante y me fulminó con una frase. Aludió a cierta sonrisa mía. Quedé confundido. Ignoraba que estuviera sonriendo y cuando atiné a excusarme él proseguía su monólogo. Al irnos me dió la mano como si ei pequeño incidente no hubiera existido. Toda la tarde estuve preocupado.

En la noche púseme ante el espejo e hice morisquetas y ensayé cuanta posibilidad de expresión cabía en mi rostro. Hube de convencerme que al extremar mi atención se distendían mis risorios, fenómeno que me daba la apariencia de sonreír.

Trabajaban con el viejo Silva dos zapateros. Los primeros días debí observar el arte zapateril y leerles páginas de Kropótkin o de Sebastián Faure. Un ácrata andariego dijo que en Cuba los tabacaleros, mediante lectores pagados, junto con ir envolviendo los habanos, enriquecían su espíritu. El viejo Silva disfrutaba con la lectura. Solíamos tener un corro de diez personas.

Pronto me entregó zapatos para lijarles la suela. A continuación aprendí a coser. Empero, mi especialidad era la terminación. Dejaba la suela plana, lustrosa, y no había detalle perfectible que no atendiera. Me imbuía en la obra y las horas volaban.

—¡Claro es que los ha dejado muy bonitos! ¡Pero así no ganará ni para comer!—exclamaba mi maestro y soltaba su risotada. Sólo entonces caía en la cuenta de que había gastado una mañana en pulir un par de zapatos viejos.

A cambio de mi lento trabajo, dábame almuerzo y algún dinerillo. Casi a diario su mujer me ofrecía protos. Le quedaban muy sabrosos. Sólo mi madre los hacía mejores. Después de un trabajo intenso, toda comida es exquisita y ambrosía pura. Los oficinistas e intelectuales ignoran esto. En cambio qué bien lo saben los carpinteros, los paleros, los herreros. Y si luego de comer uno se echa en el suelo y recibe el calor de la tierra sobre el pecho y el vientre, en torno alienta el nirvana.

## II

Cada domingo iba al Centro. En éste sólo existía secretario. Los anarquistas en su afán de eliminar la autoridad, acabaron con los presidentes. El término presidir involucra la idea de mando. El vocablo secretario la de función. El secretario cumple acuerdos, no tiene poder. Este concepto que disminuye la autoridad, al menos en apariencia, se incorporó más tarde a las costumbres sindicales.

Nuestro secretario no era permanente. Cualquiera sugería:



—Que actúe de secretario el compañero Amorós.

Sin chistar el camarada Amorós sentábase ante la mesa y ofrecía la palabra. Alguien levantábase para decir lo suyo. Nunca faltaron oradores. En potencia todos lo eran, y más de alguno no habría persistido en sus ideas si, durante un año, se le hubiese prohibido disertar. La revolución es verbo.

Solían asistir personas ajenas al grupo, que leían una conferencia o pronunciaban un breve discurso contra algo. Hablar en favor no era frecuente, salvo si se trataba de Kropótkin, Malatesta o Bakúnin.

Apareció una joven profesora. Vestía sencillamente. Era la primera mujer que hablaba ante nosotros. Las demás, muy pocas, toleraban nuestras ideas más por ser cónyuges de ácratas que por nacerles. La joven leyó varias páginas sobre emancipación femenina. Pasaron años y la ví nuevamente: cruzó en bicicleta por un paseo. Era la segunda impresión de modernidad que me producía. Nunca más torné a encontrarla. Su nombre era Rita Mar.

Fuera de los chilenos, se dejaban ver en el Centro un sueco de ojos azules, que no despegó sus labios jamás; un inglés cariancho, acaso nacido en un dominio británico, que tampoco dijo palabra; un ruso, tipógrafo, de voz profunda; otro, eslavo también, comisionista, fino, bajito, delicado, con el terror de Siberia en su semblante; un tercero de nariz respingada, de oficio sombrerero, y un vidriero de ojos hundidos.

Los españoles abundaban: Universo Flores, repartidor de pan, inmenso, opulento, de rostro infantil; Francisco Rodríguez, bajo, de ojos risueños, que escuchaba largo rato y terminaba expresando su disconformidad con cualquier discusión teórica. Invierno y verano, un año y otro, solía decir:

—¡Debemos ser prácticos! ¡Hay que fundar sociedades de resistencia!

Era comerciante. Compraba y vendía en los remates. Al surgir la república en España, allá se fué y murió defendiéndola en Asturias.

Casimiro Barrios, otro español, bajo y blanco, alegre, hombre excelente, era empleado de tienda en calle San Diego. Su simpatía hacía lo objeto de trato especial. Si cerca de la tienda había un mítin, su patrón le permitía abandonarla por una hora. Iba, decía un torrente de encendidas palabras y tornaba a vender telas. En la época de Ibáñez fué apresado y conducido a Arica. Más tarde dos pesquisas santiaguinos fueron por él. El prefecto, que previó algo siniestro, exi-

gió se le firmase un recibo antes de entregarlo. Los agentes cumplieron la formalidad, llevaron a Barrios al valle de Azapa y en la Cuesta de Ramírez lo asesinaron y enterraron. En el gobierno de Montero, el Congreso dió pensión a su viuda. Barrios dejó cuatro o cinco hijos.

Otro español fué José Clota: altísimo, muy encorvado, flaco, era cristiano puro. Odió los posesivos. Decía «la mujer», «la hija», pero ni por equivocación «mío» o «mí». Trabajaba catorce horas diarias en su banco de zapatero. Sólo una vez tuvo ayudante y como éste le dijera, en un momento de enojo, que lo pulmoneaba, resolvió trabajar a solas. Así lo hizo a lo largo de su vida. Los domingos vendía *La Batalla* en las calles del centro. Al cabo de un decenio se consagró únicamente a su oficio. Quizás si ya había nacido su hija y quiso asegurarle el porvenir. Clota murió del corazón.

Moisés Pascual, gran carpintero, representaba a Cataluña. Era y sigue siendo algo así como primo hermano de Nuestro Señor Jesucristo. Administraba el periódico. Una vez por semana íbamos a su casa a revisar los impresos llegados en el último correo. Agradábame sobremanera ver un periódico anarquista de Cantón, escrito en chino y esperanto.

Angel Fernández, primo de Casimiro Barrios, era tardo de oído. En un comienzo fué libertario, luego le entró curiosidad por la teosofía y por el nietzscheanismo. Leyó incontables veces *Así hablaba Zarathustra*. Parecían no importarle los hechos del mundo. En los corrillos pretendía escuchar poniéndose la mano tras de su oreja. Si era conversación banal, retirábase a un rincón y miraba a los demás en estado de ausencia. Su conversación era deshumanizada. Nada terrenal valía para él. No obstante, si podía dirigirse al auditorio hablaba con palabras escogidas y tono trémulo. Costaba entenderle. Se le aplaudía con tremenda parquedad.

Dijo en una reunión que Augusto Comte murió «porque las células de su cerebro se le deshidrataron». Tal afirmación le valió una mirada obscurísima de don Carlos Vicuña.

Trabajaba de noche en una empresa de pompas fúnebres. Solía ir a visitarle. Me acogía con su mirada de Lázaro. En seguida leíame con unción fragmentos de Nietzsche, de las Rubayatas o de Laotsé. A pesar de la índole de sus lecturas, en cualquier instante estallaba en risotadas del todo impertinentes. No se refería jamás a la vida y subsistía sólo para leer y meditar. La única confidencia que me hizo fué esta:

—He logrado ser como el adobe. No siento frío ni calor.



La última vez que le ví pretendía subir a un tranvía, en Mapocho. Llevaba los brazos cargados de paquetes pequeños y tenía un inconfundible aspecto de fantasma, de hombre humo.

Tecófilo Dúctil Pastor y Amado, a quien se le decía Fiolín, era miope. Sus cabellos colorines avanzaban sobre su frente a modo de visera. Poníase el sombrero en la nuca. Si no estaba discutiendo ardorosamente, hallábase arrimado a la pared con un libro montado en su nariz. Vino de España a la Patagonia, en donde fué pastor. Por su cortedad de vista él andaba por un lado y las ovejas por otro. Una noche sintió que se había extraviado. Dió voces durante un rato y, como nadie le respondiera, optó por dormir a la intemperie, acurrucado en su manta. Al amanecer pudo enterarse de que había pernoctado en la vecindad de las casas. Hizo algunas economías y vínose a Punta Arenas, pagó un año de pensión y leyó a su regalado gusto. Cuando se le acabó el dinero partió a Concepción, con el deseo de pasar allí sólo una temporada. Le pareció derroche arrendar un cuarto y buscó acomodo en una cueva del Cerro Caracol. Al salir o volver a ésta, una chiquitina que habitaba en la casa más cercana al Cerro, preguntaba a su madre:

—¿Dónde vivirá mamá, cuando para allá no queda ninguna casa?

Se vino a Santiago. Su único conocido era el pintor Prida, cuyo domicilio ignoraba. Recorrió la capital y halló conveniente alojarse en el edículo que existía en Plaza Italia, llamado por los santiaguinos «casitas de agua». Escribió a su amigo al Correo Central. Fiolín no se atrevía a dormir sin precauciones. Estas consistían en irse a pie a la Estación Central a paso rápido y regresar al trote. Cuando Prida vino a buscarlo lo encontró dormido. El pintor se lo llevó a su casa, en donde vivía también Abelardo Bustamante. La comunidad era vegetariana y disponía de un saco de higos secos que, para librarlo de las ratas, suspendían de una viga al salir en la mañana.

Fiolín leyó todas las obras editadas por Sempere y cuantas publicara la editorial «Razón y Fuerza», fuera de algunos centenares de otros libros profanos. Sabía de todo. Pronto empezó a colaborar en periódicos anarquistas.

Vagaba sin rumbo. Vagando se encontró en la Estación Alameda con un grupo. Al acercarse se enteró que era un enganche para las salitreras. Se alistó inmediatamente. Co-

mo el tren debía salir en seguida, arrojó la llave de su pieza en un hoyo y partió con la conciencia tranquila. El trabajo de las salitreras no fué de su gusto. Se fué a Iquique y entró de mozo en un circo. Su tarea consistía en vestir los monos. Ponerles el pantalón no le costaba, pero sí el chaleco. Los monos le envolvían sus manos y colas en el cuello y casi lo estrangulaban. En las funciones anunciábase con grandes letras la actuación del «terrible oso negro». En las horas ordinarias la fiera solía abandonar la jaula, que no era muy sólida. Todo era verla y darle tal cual varapalo para que el «terrible oso negro» volviese a encerrarse gimiendo.

De nuevo volvió a Santiago. Formó un grupo para estudiar esperanto y continuó echándose libros al cuerpo. Trascorrido un tiempo lo ganó el deseo de irse a aventurar a Buenos Aires. Allí aprendió francés en un par de meses y tradujo obras de Romain Rolland. Mas tarde ofrecieronle un puesto de redactor en un diario de Mendoza.

De repente vino el anuncio de que en Rusia se había producido la revolución social. Prodújose un estado de anhelo y excitación. El pueblo recibió la nueva casi delirante, pero los anarquistas tenían sus reservas. Fiolín apareció una vez más en Santiago. La revolución rusa le había conmovido hasta las entrañas y venía a crearle ambiente. Los ácratas rechazaron su invitación a fraternizar con los bolcheviques. Odiaban la autoridad, detestaban al estado y no querían ninguna dictadura, por transitoria que fuese y aunque se ejerciera en nombre del proletariado. Aceptaban el comunismo, pero no el control de las opiniones. Triviño fué su más ardiente impugnador. En otros países ocurrió algo semejante: Sacha Kropótkin, hija del filósofo del anarquismo, abandonó a su marido cuando advirtió que éste se inclinó al comunismo dictatorial. Fiolín, muy triste partió a Mendoza en donde siguió de periodista. No volvimos a tener noticias suyas. Al parecer, falleció unos quince años mas tarde.

Amorós era un hombre modesto, sin brillo, poco locuaz. En la dictadura de Ibáñez, la policía lo desterró a Mendoza. No pasó largo tiempo sin que el dictador sufriera la misma suerte. Una hija de Amorós entró a su servicio. Amorós, cuya naturaleza de propagandista manteníase intacta, le hizo llegar al general, por mano de su hija, un ejemplar de *La Conquista del pan* de Kropótkin. Apenas lo leyó el señor Ibáñez, alabó el libro y encontró excelentes las ideas, y hasta habló de im-



plantarlas cuando volviese a gobernar. Ese fué el único triunfo de Amorós el sencillo.

Los anarquistas chilenos eran pobrísimos. De los extranjeros, en su mayoría obreros especialistas, desertaron los más. Con los años los he visto a la cabeza de industrias y comercios. El nivel de nuestra vida era demasiado bajo para ellos.

## III

En el hogar del viejo Silva reuníanse al anochecer algunos camaradas. Era frecuente dar término a la tertulia en un café de Avenida Matta. Solíamos ir por la calle cantando:

*Arriba los pobres del mundo  
de pie los esclavos sin pan.*

Tal costumbre gregaria nos daba apariencia de canutos. La gente no disimulaba su piedad al vernos pasar, porque siempre se compadece al que profesa una religión extranjera.

Aunque los anarquistas proceden como si no hubiera Dios, y niegan al Estado, por su fe en la sociedad futura, por su confianza en la revolución social, por creer que las posibilidades del ser humano son infinitas, y por su adoración de la libertad ilimitada, constituyen una iglesia. Un anarquista no pondrá nunca su fe en San Antonio de Padua ni en San Ambrosio, pero en su corazón reverencia a Bakúnin, Malatesta, Kropótkin. Lo que uno ama lo ama religiosamente. Es así la condición humana.

Una vez que sonaba el último verso de la Internacional, seguía otro canto. Era muy de mi agrado el Himno de Turati, que ya nadie recuerda:

*Venid todos compañeros  
a la lucha que se empeña,  
la encarnada y libre enseña  
luce al sol del porvenir.  
Mutuo pacto es nuestra enseña,  
que resulte un ucciate  
la gran causa del rescate  
no halle nunca traición vil.  
Desunidos, plebe somos  
pero fuertes cuando unidos,  
sólo triunfan los fornidos,  
los que tienen corazón.*

Entre los ácratas era Joaquín Catalán quien nos hacía cantar. Descendía de españoles y su oficio era el de pintor de carruajes. Catalán poseía una voz dulce y el mismo lo era. No pronunció jamás un discurso, ni discutía. Sólo cantaba. Su repertorio era inagotable. Otra canción que no he vuelto a escuchar, y cuya melodía romántica me hizo mella, era ésta, tal vez originaria del Perú:

*Se fué la ingrata de aquí muy lejos,  
a otro mundo se fué a habitar,  
en otros brazos, con otros besos,  
sus juramentos querrá olvidar.  
Y aunque muy lejos de aquí te vayas,  
mujer ingrata, yo te he de amar  
porque el volcán que en mi alma se halla  
con esta ausencia crecerá más...*

Acaso estos versos no digan nada y puedan parecer vulgares, pero su melodía me rondaba. Comenzaba a sentir interés por la mujer y, oyendo la canción, imaginaba mil historias en que era feliz o espantosamente desgraciado. Primero uno ensaya el amor dentro de su cabeza. Después trasciende.

Otro cantor, compañero de aventuras de Manuel Rojas, fué el Negro Nieves. Era menudo, de cabellera negra, ojos risueños, color muy moreno y una vestimenta hecha de roturas. Tanto su vestón como su pantalón eran pura tirilla, pero cuando cantaba—tenía voz de tenor—convertíase en un hombre de oro.

En el café juntábanse varias mesitas y comenzaba la charla. No faltaba quien contara sus experiencias. Los libertarios eran vagabundos, en parte por influencia de Gorki, en parte por espíritu internacional. Hallábase un argentino, Pica, repartidor de pan, que conocía muchos países. Tenía qué contar... Estando en Montevideo bajaron dos anarquistas italianos expulsados de Argentina. Recibieron pasaje directo a Italia. Resolvieron quedarse en Uruguay, tierra libre, asilo de perseguidos, y ofrecieronle el pasaje. Pica lo aceptó contentísimo. Llegó a Italia y la recorrió paso a paso. Se acostumbró a ir de una tierra a otra. No había patria bastante grande para él. Era vigoroso, pequeño, muy corto de vista, rosado, con anteojos de anciano. Su memoria carecía de fin. Alguna vez nos relató *Los Miserables*. Los representó. A cada personaje hacíale hablar con su tono. Era imposible no escucharle. Después no he conocido persona que usara

tan bien los admirativos, los interrogativos, y que supiera narrar con tanto arte.

Su pensamiento secreto quizás fuera el de hacerse escritor. Poseía una decena de gruesos cuadernos en que anotaba sus ocurrencias con letra clara y redonda. En un viaje por el interior de Argentina fué apresado por carecer de documentos personales. Comenzaba a generalizarse el uso del pasaporte que tanto daño causa a las personas honradas. Al encontrarle los manuscritos y leerlos, supuso el policía que José Lejo Pica, por su mal traje y su aspecto humilde, no podía ser el autor. Además, éste pronunciaba mal. No decía acto, sino ato; por defecto decía defeto. Y así. Se le retuvo varios días en el cuartel por si aparecía el cadáver de algún escritor en las inmediaciones...

## IV

Cada domingo, a las dos de la tarde, llegaba la gente al Centro «Francisco Ferrer». Este habíase mudado a un bodegón de la calle Cóndor, muy hondo, en el cual cabía un centenar de personas.

Antes de iniciarse la reunión, formábanse grupos en la acera y en la calle. Cada corrillo era una facultad en potencia. Si uno ponía la oreja cerca del zunco Ramírez, vendedor de billetes de lotería, las palabras célula, electrón, molécula, constancia, vibración, formaban la médula del discurso.

—Por todo esto—decía—uno a ratos existe y a ratos nó. Si me preguntaran si tu vives no sabría qué responder. Suelen existir y al instante no eres nada, te has desintegrado.

Sus oyentes desgranábanse con presteza. Nunca agrada la duda.

El español Francisco Rodríguez, insistía:

—Hay que ser práctico. Menos definición y más acción. ¿Para qué hablar tanto? ¿Para qué perderse en palabras? Organizemos sociedades de resistencia. En cada taller, en cada fábrica, debe organizarse una sociedad. Así se le hace frente al capital. Hay que ir al pueblo y no predicar a las nubes. ¿Qué obtenemos hablando para nosotros? Sabemos lo necesario. Ahora viene la acción.

Al fin sonaba la campanilla y entraban.

—¿Qué camarada desea hablar?

Nadie chistaba.

—Podría hacerlo el compañero Pinto...—sugiere alguno.

Augusto Pinto hablaba con notable exaltación poética. Cogía una idea y de sus labios salía un poema en prosa. Su rostro era luminoso, sobresalía por su saber y su buen juicio. Siempre apelaba a la parte noble de los individuos. De sus palabras quedaba algo reconfortante, pero era parco y rara vez quería hablar. Al ser aludido bajó la cabeza e hizo un gesto negativo. (Tal vez lo único que los demás echaban de menos en sus oraciones líricas era la falta de un par de injurias.)

Entonces un hombre muy gordo, de ojos muy negros y bigotes de largas guías se pone de pie y avanza hacia la mesa. Se produce un murmullo de disgusto. El sonrío con bondad y mira al auditorio suavemente. Mas el ruido continúa y los rostros se contraen.

El orador saca su reloj Waltham, algo más pequeño que un despertador, lo deposita en la mesa, lo observa y expresa:

—Hablaré hasta las cuatro...

Hubo quien protestó al momento porque apenas eran las dos. Otros dejaron la sala. Los demás adoptaron la actitud del que espera en una estación.

—La psicología de la palabra acracia, credo liberador de la especie humana, arranca del fondo de los tiempos, porque no debemos engañarnos...

Cada vocablo lo moduló con cuidado y lo regustó. Mas nada de lo que iba diciendo era urgente. Su contenido podía bastar para una charla privada con personas de confianza, que estuvieran habituadas al parloteo.

Los ácratas salieron de la sala y llegó un instante en que, fuera del orador, no permanecían allí sino el secretario, Augusto Pinto y dos personas más, capaces de oír llover durante una semana, sin advertirlo. El hablante adoptó un aire contrariado y expresó, no sin melancolía:

—Se habla mucho de libertad, pero cuando un compañero quiere dilucidar un problema, todos escapan—y cogió su reloj y fué a ocupar su asiento.

No bien se hubo sentado cuando los ausentes entraron en masa. Poco después se incorporó otro grupo pequeño.

—¿No se le ocurrirá hablar a éste?—preguntó, temeroso, Valdebenito a su vecino.

—¿Quién es?

—El Hombre Fiera. Al hablar hace doler la cabeza.

El Hombre Fiera estaba pegado a la pared en el fondo de la sala, con sus brazos cruzados sobre el pecho. Era de esta-



tura mediana. Sus ojos claros y grandes expresaban un poquito de desdén. Adivinábase en él una voluntad de aislamiento. A su lado se hallaba un individuo corpulento, de cara grande, que le hablaba con respeto.

—¿No podría decirnos algo el compañero Alcides?—sugirió el vecino de Valdebenito, más con la intención de molestar a éste que por deseos de oír a aquél. Valdebenito le aplicó un codazo disimulado. El secretario miró al camarada Alcides interrogativamente. Un momento después Alcides se aproximó a la mesa. Dió una mirada desdeñosa a los demás y aguardó que se hiciera silencio.

—¿Sobre quiénes descansa el capitalismo? ¿Quién sostiene a la iglesia? ¿Quiénes forman el ejército?

—Cuando empieza así nadie sabe en qué terminará—aseveró uno.

—El capitalismo descansa sobre los hombros de los pobres. Son los famosos pobres quienes mueven las máquinas, cargan el fusil, mantienen los templos, labran el campo, levantan casas, hacen caminos, sirven de policías, cocinan, cosen, lavan, extraen minerales, mueven los barcos, inventan, escriben en favor de los expoliadores, qué sé yo. ¿Los carceleros son acaso millonarios?

Es necesario abrir la mollera de los trabajadores y decirles que desarrollen su personalidad, que se endurezcan y se nieguen a mantener al Estado. Sólo la acción del hombre emancipado puede echar al suelo los poderes que hoy nos subyugan. La lucha, pues, debe radicar en el individuo que expresa su voluntad por sí mismo, fuera de todo partido, lejos de toda sociedad y de cualquier ligazón que ineludiblemente conduce a la tiranía. Nosotros no queremos reemplazar a los mandones ricos por mandones proletarios. Debemos luchar porque sean libres por igual todos los hombres. Un hombre dispuesto a mantener sus principios vale más que la multitud gregaria y dócil.

Aunque oían con interés, oían con disgusto. No podían negar que lo dicho por el camarada Alcides era verdadero, pero sus ideas daban a la verdad un perfil antipático.

—El derecho ¿qué es el derecho? Algo que los poderosos pisotean cuando quieren. No existen sino hechos. Tú eres fuerte, tú persistes, y realizas parte de tus aspiraciones. Ahora si no actúas, deberás contentarte con las migajas, con lo que te abandonen buenamente los mandones. Es la acción individual, constante, secundada por cada asalariado, la que podrá darnos el triunfo final. Yo me digo: si todos los pobres aban-

donaran su función, y se cruzaran de brazos hasta que la sociedad se ordene de manera justa ¿quién podría oponérseles? ¿Qué ejército sería capaz de reducirlos? Ninguno. Para llegar a esto hay que apelar a la conciencia de cada cual y decirle que use su cabeza y su voluntad, que no olvide el fin...

Rodríguez se dirigió hacia la mesa con paso nervioso:

—Estos individualistas son divertidos... ¿Cómo podríamos hacer frente a la burguesía desunidos cuando ésta ataca en filas compactas? Al proletariado hay que organizarlo para que lo respeten y consiga algo. Alcides es lector de Nietzsche y defiende ideas de libros. Sí. Mi modo de ver es que se debe afrontar la vida como es. ¿Sabemos que los pobres lo hacen todo! Mas ¿qué conseguimos con decirlo? Si no se unen en sociedades de resistencia ¿cuándo cambiará el mundo? En palabras la revolución social está hecha hace siglos. Otra cosa es operar el cambio. Ahí viene el forcejeo, incluso con los proletarios mismos. No digo que apoyemos a los partidos reformistas, a los partidos obreros, puesto que fatal es que trabajen para la burguesía apenas lleguen al poder, porque todo el mecanismo social está hecho para conservarle sus privilegios. Tampoco recomendaría atacar a los políticos obreros mientras sean consecuentes con sus principios. La lucha es muy seria y para hacer el camino debemos aliarnos con cuantos nos pongan buena cara. Lo interesante es robustecer la acción directa y no olvidar que nuestro fin es formar una sociedad a base de grupos afines, de productores conscientes, a la cual cada hombre dará su esfuerzo y recibirá lo que necesita.

Al término de las disertaciones dejaban la sala y se fraccionaban en grupos, que seguían discutiendo.

Clota solía hacerme un gesto y nos poníamos en camino. En Alameda esperábamos tranvía.

—¿A cuál subiremos?—le pregunté una vez.

—¿Y qué te importa?—fué su respuesta.

Guardé silencio y esperé que decidiera. Subimos al primero que llegó y fuimos a dar a la tornamesa. Seguimos a pie largo rato oliendo el aire del campo. Luego nos metimos por un potrero. Después de cansarnos me invitó a un rancho del que salía humo. Allí, junto con engullir algo, Clota promovió una conversación, no acerca del tiempo, sino sobre pobres y ricos. ¿Por qué éstos se enriquecían, por qué aquellos permanecían en tan atroz pobreza?

Era difícil que su interlocutor no se impresionara. Los pobres sospechan que son robados, ciertos pobres que además

son astutos están absolutamente seguros de serlo; no se les escapa que parte de su esfuerzo no vuelve a su bolsillo sino que se empoza en el de los dueños, acaso porque éstos tienen bolsillos más grandes, pero no saben cómo defenderse. El mecanismo de tal extorsión permanece oculto para ellos. Les interesaría saber cómo liberarse, mas no suelen confiar en ninguno de los medios, y se resignan a su suerte. Clota en sus paseos dejaba una sentencia latente. Sabía que ninguna palabra se pierde y las decía con mesura y claridad. ¿No podía ocurrir que entre los oyentes estuviese el hombre que mañana sería un gran luchador?

## V

En el taller del viejo Silva había mirones a cualquier hora, y mañana y tarde venían visitantes. No cesaba la conversación. Después de almuerzo llegó un señor de nariz bastante aguileña y algo roja, de espaldas un tanto curvadas. Cubriase con un sobretodo gris claro. No fué acogido con delirio. Entró y al momento extrajo de su faltriquera un libro doblado contra el lomo.

—Kropótkin, rebatiendo a Malthus, dice que cuando haya necesidad hasta de las piedras se podrá obtener alimento. Es algo raro. ¿Qué opinan ustedes?

—En el Cerro San Cristóbal suelen verse peñascos atravesados por una raicita—expresó Alcides que estaba apoyado en la pared—. He leído que en Japón siembran los cerros del plan a la cúspide. En ésta, si hay rocas, echan tierra y plantan encinas. Por lo demás la tierra sobra en todas partes y lo que no dé ésta lo dará el mar, y luego el hombre está inventando lo que hace falta...

El individuo de nariz aguileña miró su reloj y dijo:

—Me voy. Tengo que cumplir varias órdenes. Mañana a las cuatro iré a detener a Rebosio. ¡Hasta otro día!

—¿Quién es?—pregunté.

—Es el pesquisa Prado. Es curioso, muy lector, visita a casi todos los anarquistas y nunca deja de llevar un libro. Conoce las ideas mejor que nosotros. Sin embargo, dudo que su interés sea sincero, si no ¿por qué ejerce tan feo oficio? ¿Por qué no trabaja en algo útil? Es joven todavía y tiene buenas manos... ¡Sería bueno avisarle a Rebosio que no se deje ver! Podría irse al puerto—dijo el viejo Silva dando vueltas al tirapie como si fuera un rosario.

—Este pesquisa no será jamás un hombre emancipado—sentenció Alcides—. Es débil. Lo he visto leer en los tranvías. Es uno de sus vicios, pero no compra un libro. Los pide a los compañeros. No obstante dispone de plata para beber. De noche anda con paso vacilante. ¿Qué se puede hacer de un hombre así? No deja de ser extraño, al fin, su interés por cultivarse. Yo digo que para vivir se necesita valor... La mayoría no lo posee y se entrega al juego, a la pereza, a la bebida, a las mujeres y también a la religión. Cuesta ser hombre, serlo siempre y sacar fuerzas de sí mismo. Es más fácil embriagarse, llorar sobre la almohada en la obscuridad o esperar todo del cielo. Sin embargo, ¿quién, por infeliz que sea, no consigue resolver sus propias cuestiones en la medida de su capacidad? Con la cabeza y las manos se llega a cualquier resultado, pero vivimos todavía en la edad teológica. ¿Llegará el día en que el hombre se afirme en sus pies solamente? ¿Lo verá alguien reemplazar a los dioses por la reflexión, por su buen sentido? ¿Qué son ahora los hombres? Una piara, una multitud, algo sin cabeza, es decir: nada. Los engaña el diputado, los engaña el comerciante, los domina el militar... —en esta parte hizo el gesto de escupir pero se contuvo y no habló más.

## VI

Los zapateros habían llevado su astucia para conseguir mejoras a un grado sublime. No hacían huelgas generales, sino parciales. Tampoco las promovían al azar. Estudiaban cual podía ser la mejor época. Decidida la fecha, la huelga se declaraba en una sola fábrica...

Mientras el patrón respectivo estudiaba las peticiones, los operarios de las otras mantenían a los huelguistas. Si el patrón no resolvía con presteza, perdía los pedidos y podía quedar expuesto a la quiebra. Casi siempre adoptaba la melancólica resolución de ceder. Entonces entraba en aprietos el segundo fabricante.

Lisperguer, hombre severo, de ojos azules, hundidos, y de tupidas cejas, era el redactor de los manifiestos. Antes los redactó en la Pampa salitrera como colaborador de Recabarren, pero hubo de venirse al sur porque en ninguna oficina quisieron darle trabajo. Aprendió tipografía y los redactó para los gráficos, que también ensayaron la huelga parcial. Poco a poco los impresores fueron cerrándole las puertas, y fué ne-



cesario que aprendiera un tercer oficio. Eligió el de zapatero. Los industriales no tardaron en repudiarlo. Los más exagerados no querían ver ni su sombra. Entonces se hizo zapatero remendón. Como otros anarquistas, acaso a modo de consuelo, mezcló a sus ideales una miaja de teosoffa.

Entre los anarcos estimábase deber la solidaridad con cualquier huelga, sea dando ayuda económica, sea participando en los desfiles.

Con otros neófitos me incorporé a una larga columna de zapateros huelguistas que se movía desde Mapocho, por calle del Puente, hacia Avenida Matta. Los anarquistas, muy numerosos en este oficio, marchaban cantando.

En la esquina de Rosas vimos al pesquisa Prado, naturalmente con un libro de Sempere en la mano, que con sigilo atravesó por detrás de la fila nuestra, musitando al pasar:

—¡Váyanse porque más allá les van a pegar!

—¡No hay que hacer caso a estos perros! Lo dice para atemorizarnos—exclamó indignado un valentón que iba a mi derecha.

La columna siguió su destino. Llegó a la Plaza de Armas—adormecida con el cantar de los gorriones—, arribó a la Alameda de las Delicias, torció a la derecha y siguió por San Diego. Los desfilantes prorrumpían en estentóreos abajo esto, arriba eso, muera tal, viva cual, o uno que otro canto revolucionario.

A la entrada de San Diego se incorporó un peluquero, persona seria, conquistada para las ideas hacía poco. Iba en una fila delantera. Con los cantos y los gritos no sentíamos el camino y nuestro estado de ánimo era delicioso. Un coche de cajón movíase lentamente por la izquierda. Dentro iban unos señores de ropaje obscuro. Al llegar a un solar, algo más acá de Diez de Julio, los cuatro sujetos que caminaban delante de nosotros, levantaron el brazo a la vez y azotaron las cabezas de los que avanzaban en la fila delantera con sendos laques de goma, que llevaban mañosamente disimulados en las mangas. En aquella iba el peluquero. Algunos cayeron sangrando, otros quedaron atontados. Hacia el comienzo de la columna debió suceder otro tanto porque ésta se dispersó. Varios individuos corrieron en busca de amparo hacia las puertas. Detúvose el coche y pude ver que se asomó un vejete de negro, con el paletó cerrado cerca de la garganta, de mejillas rojas, decoradas con larguísimas chuletas, y de ojos velados por lentes opacos. Se cubría con sombrero, negro también, de forma cordobesa.

Sus acompañantes, jefes de la policía secreta, daban órdenes a los pesquisas que seguían rompiendo cabezas de huelguistas.

Mientras corría, movido por la necesidad de vivir un tiempo más, comprendí cuán verdaderas resultaban las aseveraciones del filósofo Alcides: jefes y agentes eran pobres; no obstante, con qué ardor apaleaban a otros pobres que luchaban por mejorar su salario.

Los huelguistas heridos a laque fueron, como es costumbre, detenidos por alterar el orden público. El Comité Pro Presos buscó abogado y, en la mañana siguiente, fuimos a la justicia. Ví salir de la Sección de Detenidos al peluquero con la cabeza tan vendada que parecía cubierta con un turbante. Lo condujeron al juzgado. Al mediodía el juez lo dejó en libertad bajo fianza, sin perjuicio de requerimientos y citaciones. No pudo probar que fué atacado. ¿Quién podía atacarle si no daba motivo? El hecho de estar herido era presunción en su contra.

El peluquero, espantado con tan atroz bautismo, no se dejó ver en ningún otro mitin o desfile. Poco a poco devino espiritista, aunque alguna vez dió tal o cual suma para reeditar libros de Kropótkin.



ENTRADA A CHILE

*¿De dónde es una hoja  
transparente al sol?  
¿De dónde es una frente  
que piensa, un corazón que ansía?  
¿De dónde es un raudal  
que canta?*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

I

¿CÓMO y por qué llegué hasta allí? No recuerdo cómo ni por qué, así como no recuerdo por qué y cómo he llegado a tantas partes. Es una historia larga y, lo que es peor, confusa; la culpa es mía: nunca he podido pensar de un hilo, como pudiera hacerlo un metro, línea tras línea, centímetro tras centímetro, hasta llegar a ciento o a mil; y mi memoria no es mucho mejor: salta de un punto a otro, de un hecho a otro, indistintamente, al azar, eligiendo los que aparecen primero y volviendo sobre sus pasos cuando los otros, más perezosos o más densos, surgen a su vez desde el fondo de la vida pasada. Creo que, primero, estuve preso; sí, así debió empezar aquello, si es que empezó de algún modo. Nada importante, por supuesto: acusación de asalto a una joyería, pero a una joyería que jamás había visto y cuya existencia y situación ignoraba e ignora aún; y tenía según parece, cómplices, a los que tampoco, había visto jamás y cuyos nombres y apodos conocía tanto como ellos conocían los míos; la única que sabía algo era la policía. Muchos días de cárcel, durmiendo en el suelo de cemento, sin una frazada; a consecuencia de ello, pulmonía; finalmente, tos, una tos que brotaba de alguna parte del pulmón herido. Cuando fuí dado de alta y puesto en libertad, salvado de la muerte y de la justicia, la ropa, arrugada y manchada de pintura, colgaba de mí como de un clavo. ¿Qué hacer? En verdad, no era mucho lo que podía hacer; a lo sumo, morir; pero no es tan fácil morir. No podía pensar en trabajar—me habría caído de la escalera.—y menos podía pensar en robar—el pulmón herido me impedía respirar profundamente. Tampoco era fácil vivir.

En ese estado y con esas expectativas, salí a la calle.  
—Está en libertad. Firme aquí. ¡Cabo de guardia!  
Sol y viento, mar y cielo.

II

Tenía un amigo; sí; era lo único que tenía en ese tiempo; pero lo había perdido; así como alguien pierde, en una calle muy concurrida o en una playa solitaria, un objeto que aprecia, así yo, en aquel puerto, había perdido a mi amigo; no había muerto, no; no nos habíamos disgustado; nada de eso: simplemente, se había ido. Llegamos hasta allí con el ánimo de embarcarnos en cualquier buque que zarpara hacia el Norte; pero no es fácil embarcar: cientos de individuos, policías, conductores de trenes, cónsules, capitanes o gobernadores de puerto, patrones, sobrecargos y otros tantos iguales y espantosos seres, están aquí, están allá, en todas partes, impidiendo al ser humano moverse hacia donde quiere y como quiere.

—Quisiera sacar libreta de embarque.

—¿Nacionalidad?

—Argentino.

—¿Certificado de nacimiento?

—No tengo.

—¿Lo ha perdido?

—Nunca tuve uno.

—¿Cómo entró a Chile?

—En un vagón lleno de animales.

(La culpa la tuvo el conductor del tren: nuestra condición, en vez de provocarle piedad, le provocó ira; no hizo caso alguno de los ruegos que se le dirigieron—¿en qué podía herir sus intereses el hecho de que cinco pobres diablos viajáramos colgados de los vagones de un tren de carga?—y fué inútil que uno de nosotros, después de mostrar sus destrozados zapatos, estallara en sollozos y asegurara que hacía veinticinco días que caminaba, que tenía los pies hechos una llaga y que de no permitirle seguir viaje en ese tren, moriría, por diosito, de frío y de hambre en aquel desolado valle cordillerano. Nada. A pesar de que nuestro camarada utilizó sus mejores sollozos, no obtuvimos resultado alguno: el conductor del tren, más entretenido que conmovido ante aquel hombre que lloraba, y urgido por los pitazos de la locomotora, masculló una última amenaza, lanzó un silbido y desapareció en la obscuridad, seguido de su farol. Partió el tren; apenas hubo partido, el hombre de los destrozados zapatos limpió sus lágrimas y sus mocos, hizo una zapateta y corrió tras los vagones; allá fuimos todos: eran las dos o las tres de la madrugada, corría un viento que pelaba las



orejas y estábamos aún a muchos kilómetros de la frontera chilena; sólo un inválido podía hacer caso de las amenazas del conductor. El tren tomó pronto su marcha acostumbrada y durante largo rato viajé de pie sobre un peldaño de la escalerilla, tomado a ella con una mano y sosteniendo con la otra mi equipaje. Al cabo de ese rato advertí que me sería imposible mantenerme allí toda la noche: un invencible cansancio y un profundo sueño se apoderaban de mí y a pesar de que sabía que dormirme o siquiera adormilarme significaba la caída en la línea y la muerte, sentí, dos o tres veces, que mis músculos, desde los de los ojos hasta los de los pies, se abandonaban al sueño. El tren nos había despertado mientras yacíamos como piedras en el duro suelo, durmiendo después de una jornada a pie de cuarenta y dos kilómetros. Ni siquiera habíamos comido: el cansancio no nos había dejado. A tientas, dándonos de cabezazos en la oscuridad, pues dormíamos todos juntos, recogimos nuestras ropas y corrimos hacia los vagones, yo el último, feliz poseedor de una maldita maleta cuyas vencidas cerraduras había que abrir y cerrar cada vez que se quería meter o sacar algo de ella. Mirando hacia lo alto podía ver el cielo y el perfil de las montañas; a los costados la oscuridad y alguna que otra mancha de nieve y arriba y abajo y en todas partes el helado viento cordillerano de principios de primavera entrando en nosotros por los pantalones, las mangas, el cuello, agarrotándonos las manos, llenándonos de tierra y de carboncillo los ojos y zarandeándonos como a trapos. Debía escoger entre dormir y morir, pero no tenía conciencia para elegir. Los ruidos del tren, monótonos, parecían arrullarme, y cuando por algunos segundos fijaba los semicerrados ojos en los rieles que brillaban abajo, sentía que ellos también, con su suave deslizarse, me empujaban hacia el sueño y la muerte. Crecí, durante un momento, que caería y moriría sin remedio: el sueño parecía llamarme; era duro, pero allí podría descansar. Estallé en blasfemias. «¿Qué te pasa?», preguntó, extrañado el hombre de los destrozados zapatos, que colgaba de la escalerilla anterior del vagón siguiente y cuya espalda rozaba la mía cada vez que el tren disminuía la velocidad. No contesté; trepé la escalerilla, me encaramé sobre el techo y desde allí, y a través de las aberturas, me deslicé al interior del vagón, forcejeando con la maleta. Allí, por lo menos, no iría colgando sino de pie, podría dormir, y, sobre todo, no correría el riesgo de encontrarme con el desalmado conductor. No sabía lo que me esperaba: cuando caí entre los animales no pareció que era un hombre el que caía

sino un león; hubo un solo estremecimiento y la elástica masa empezó a girar alocadamente, en medio de un sordo ruido de pezuñas. Se me olvidó el sueño, el frío y hasta el hambre: tan pronto debí correr con ellos, aprovechando el espacio libre que me dejaban, como, tomado de sorpresa por un movimiento de retroceso, afirmar las espaldas en las paredes del vagón, estirar los brazos y apoyando las manos y hasta los codos en el cuarto trasero de algún buque, retenerlo, impidiendo que me apabullara. Después de unas vueltas los animales se tranquilizaron y pude respirar; la próxima curva de la línea los puso de nuevo en movimiento. El hombre de los sollozos, que se había trasladado a la escalerilla que yo abandonara, sollozaba de nuevo, aunque ahora de risa: el piso del vagón, cubierto de bosta fresca, era como el parquet de un salón de patinar, y yo, maleta en mano, aquella maldita maleta que no debía soltar so pena de verla convertida en verdosa tortilla, y danzando entre los bueyes, era la imagen perfecta de la animula vágula, alma pequeña y errante... En esa forma había entrado a Chile. ¿Para qué hubiese necesitado un certificado de nacimiento?)

## III

—Señor: necesito un certificado que acredite que soy argentino.

—¡Ajá! ¿Y quién me acredita que lo es? ¿Tiene su certificado de nacimiento?

—(Otra vez.) No, señor.

—¿Su libreta de enrolamiento?

—No, señor.

—¿Entonces?

—¿Qué hago, señor? Necesito ese certificado. Debo embarcar. No tengo trabajo.

—Escriba y pida sus papeles. ¿No tiene parientes en Argentina?

—Sí, pero...

—Es la única forma: usted me trae sus papeles y yo le doy el certificado que necesita. ¿Dónde nació usted?

(Bueno, yo había nacido en Buenos Aires, pero esto, por lo visto, no tenía valor alguno; lo que valía era el certificado; nunca me había servido de nada el decirlo y las personas a quienes lo decía no demostraban, en sus rostros de funcionarios, entusiasmo ni simpatía alguna; y los peores eran mis compa-

triotas: además de serles indiferente que fuese natural de Buenos Aires, no lo creían, pidiéndome, para creerlo, engorrosos certificados. Si no lo creían, ¿para qué un certificado que podía ser falso, en tanto que mi nacimiento no podía ser sino auténtico? Habría podido conseguir uno que asegurara, con timbres y estampillas, que era turco; no habría podido, en cambio, nacer en Turquía. El tono de mi voz, además, no se prestaba a equívocos: hablara como hablara, en voz alta o a media voz, era un argentino, más aún, un bonaerense que no podía ser confundido con un peruano o con un cubano y ni siquiera con un provinciano, a pesar de que mi tono de voz, por ser descendiente de personas cuya lengua natal era la española, era suave, sin las estridencias del descendiente de italianos. Pero todo esto no valía nada y gracias a ello había llegado a convencerme de que lo mismo me habría dado nacer en las selvas del Brasil o en las montañas del Tibet, y si continuaba, ingenuamente, asegurando mi ciudadanía bonaerense era porque me resultaba más sencillo que asegurar que había nacido en Matto Grosso o en El-lejano-país-de-los-hombres-de-cara-roja... Pero esto me ocurría sólo con aquella gente; con la otra, con la de mi condición, con aquellos que rara vez poseían certificados o los poseían de varias nacionalidades, sucedía lo contrario: bastaba que dijera que había nacido en Buenos Aires para que lo creyeran y aceptaran como artículo de fe. Estos creían en las personas; aquéllos, en los papeles; y recuerdo aún la sorpresa que experimenté el día en que un hombre alto, flaco, de gran nariz aguileña, ojos grises y nuez que hacía hermoso juego con la nariz—era como su réplica—y a quien había encontrado mirando con extraña expresión los pececillos de la fuente de una plaza pública de la ciudad de Mendoza, me contó, luego de haber engullido precipitadamente varios racimos de uva cogidos en una viña a que yo, casi en brazos, lo llevara, que era vasco. ¡Vasco! Si aquel hombre, en vez de decir eso, hubiese sacado de sus bolsillos algo sorprendente, una cría de caimán, por ejemplo, o un polluelo de ñandú, mi sorpresa y regocijo no habría sido más vivo. ¡Un vasco! Había conocido muchos, allá, en mi lejana Buenos Aires, pero estos vascos, lecheros todos, de pantalones bombachos y pañuelo al cuello, habían desaparecido en el pasado, junto con mi infancia, y no tenían nada que ver con éste, encontrado por mí en una plaza pública: este vasco era mío. Después de animarle a que comiera, ahora con más calma, otro par de racimos, le pregunté todo lo que un hombre que ha salvado a otro de la muerte puede tener derecho a pre-

guntarle, y finalmente, y mientras fumábamos unos apestosos cigarrillos ofrecidos por uno de los innumerables vagabundos que conocía en Mendoza y que a esa hora venían, como nosotros, a dar fe de la exquisita calidad de las uvas cuyanas, le rogué me hablara algunas palabras en su lengua natal; pero aquel hombre, que sin duda se había propuesto deslumbrarme, hizo más: cantó, sí, cantó. No entendí, por supuesto, nada, ni una palabra—dun-dunga-sí-bañolé, decía, más o menos—; no obstante, aunque no entendí nada y aunque la canción y sus palabras podían haber sido, menos o más que vascas, checas o laponas, no cometí, ni por un segundo, la insolencia de sospechar que no lo eran. ¿Para qué y por qué me iba a engañar?... Aquel vasco, junto con todos los otros vascos, ha desaparecido en medio de los días de mi juventud. Era piloto de barco. ¿Qué hacía en Mendoza, a tantas millas del mar? Me contestó con un gesto que tanto podía significar naufragio como proceso por contrabando. No le ví más. Sin embargo, si dos días después alguien hubiera venido a decirme que aquel hombre no era vasco sino catalán y que lo que cantaba no eran zorzicos sino sardanas, ese alguien habría pasado, con toda seguridad, un mal rato.)

## IV

¿Escribir? ¿A quién? Menos absurdo habría sido proponerse encontrar en el vasto mundo un camello pasando por el ojo de una aguja que un pariente mío en alguna de las ciudades del Atlántico Sur, preferidas por ellos. (Mis familiares eran seres nómades, no nómades esteparios, apacentadores de renos o de asnos, sino nómades urbanos, errantes de ciudad en ciudad y de república en república. Pertenecían a la innominada tribu, tan numerosa todavía, que en los albores de la civilización prefirió los ganados a las hortalizas y el mar a las banquetas del artesanado y cuyos individuos se resisten aún, con variada fortuna, a la jornada de ocho horas, a la racionalización en el trabajo y a los reglamentos de tránsito internacional, escogiendo oficios—sencillos unos, complicados o peligrosos otros—que les permiten defenderse y conservar su costumbre de vagar por sobre los trescientos sesenta grados de la rosa, peregrinos seres, generalmente despreciados y no pocas veces maldecidos, a quienes el mundo, envidioso de su libertad, va cerrando poco a poco todos los caminos... Nuestros padres, sin embargo, en tanto sus hijos crecieron, llevaron vida se-



dentaria, si vida sedentaria puede llamarse la de personas que durante la infancia y la adolescencia de un hijo cambian de residencia casi tantas veces como de zapatos. Habrían preferido, sin duda, como los pájaros emigrantes, permanecer en un mismo lugar hasta que la pollada pudiera valerse por sí sola, pero la estrategia económica de la familia, por un lado, y las instituciones jurídicas, por otro, se oponían a ello: mi padre, nómada de gran clase, había escogido una profesión complicada y peligrosa. Ni mis hermanos ni yo supimos, durante nuestra infancia, qué profesión era aquella e igual cosa le ocurrió a nuestra madre en los primeros meses de su matrimonio: mi padre se decía comerciante en tabacos, aunque respecto a tabacos no hiciera otra cosa que fumar, pero como poco después de casados mi madre le dijera, entre irónica y curiosa, que jamás había conocido comerciante tan singular, que nunca salía de su casa durante el día y sí casi todas las noches, regresando al amanecer, mi padre, sonriendo bajo su bigotazo color castaño, aunque aturullado, confesó que en realidad no era comerciante sino jugador, y en jugador permaneció, aunque no por largo tiempo: un mes o dos meses después, el presunto tahir, salido de su casa al anochecer, no llegó, en contra de su costumbre, a dormir ni tampoco llegó al día siguiente ni al subsiguiente, y ya iba mi madre a echarse a andar por las desconocidas calles de Río de Janeiro cuando apareció ante ella un ser que más que andar parecía deslizarse por el aire y que más que cruzar los umbrales de las puertas parecía pasar a través de ellas. Por medio de unas palabras portuguesas y otras españolas supo mi madre que su marido la llamaba. Sorprendida y dejándose guiar por aquella sombra que se hacía más fluída y deslizante cuando pasaba por las proximidades de un polizante, llegó ante un macizo y sombrío edificio, y allí la sombra, que por su color y aspecto parecía haber nacido tras esos muros, dijo, estirando un largo dedo: «Pregunte usted ahí por El Gallego.» «¿Quién es El Gallego?», preguntó mi madre, asombrada. «Seu marido», susurró el casi imponderable individuo, asombrado también, desapareciendo, junto con decir ello, en el claro y caliente aire de Río; era la cárcel, y allí, detrás de una reja, aquella mujer encontró a su marido, pero no al que conociera hasta dos días atrás, el limpio y apacible cubano José del Real y Antequera, que así decía llamarse, comerciante o jugador, no se sabía bien, sino al ahora sucio y excitado español Aniceto Hevia, apodado El Gallego, famoso ladrón. Tomándose de la reja, cuyos barrotes abarcaban apenas sus manos, mi madre

lanzó un sollozo que la dobló como una quemadura, en tanto El Gallego, sacando sus dedos manchados de amarillo, le dijo, acariciándole las manos: «No llores, Rosalía; esto no será largo. Traéme ropa limpia y cigarrillos.» Le llevó ropa limpia y cigarrillos, y su marido, de nuevo limpio, presentó el mismo aspecto de antes, aunque ahora detrás de una reja. Un día, sin embargo, se acabó el dinero, pero al atardecer de ese día la dueña de casa, muy excitada, acudió a comunicarle que un *cavalheiro* preguntaba por ella. «Será...», pensó mi madre, recordando al casi imponderable individuo; pero no era él: así como aquél parecía estarse diluyendo a ojos vistas, el que se presentó ante ella parecía recién hecho, recién hecho su rosado cutis, su dorado bigote, sus ojos azules, su ropa, sus zapatos. «Me llamo Nicolás», dijo, con una voz que parecía ser usada por primera vez; «paisano suyo. Soy amigo de su marido y he sido antes su compañero. Saldrá pronto en libertad; no se aflija, y se fué, recién acabado de hacer, dejando sobre la mesa un paquetito de billetes de banco, limpios, sin una arruga, como él, y, como él, quizá, recién hechos. Mi madre quedó deslumbrada por aquel individuo—y, en el hecho, aunque no volvió a verle sino detrás de una doble corrida de gruesos barrotes y de una tupida y fuerte rejilla de alambre, vivió siempre deslumbrada por su recuerdo: su aparición, tan inesperada en aquel angustioso momento, su apostura, su limpieza, su suavidad, su desprendimiento, convirtieron a aquel hombre, a sus ojos, en una especie de arcángel; por eso, cuando años después mi padre le comunicó que Nicolás necesitaba de su ayuda, ella, con una voz que indicaba que iría a cualquier parte, preguntó: «¿Dónde está?» El arcángel no estaba muy lejos: mi padre, dejando sobre la mesa el molde de cera en que trabajaba, contestó, echando una bocanada de humo por entre su bigotazo ya entrecano: «En la penitenciaría. ¿Te acuerdas de aquellos billetes que regalaba en Brasil? Veinticinco años al presidio de Ushuaia.» Muda, y vestida de negro, como siempre, mi madre me tomó de un brazo y me llevó con ella: allí estaba Nicolás, recién hecho, recién hecho su rosado cutis, su dorado bigote, sus ojos azules, su gorro y su uniforme de penado; hasta el número que lo distinguía de los demás presos parecía recién impreso sobre su pecho. Hablaron animadamente aunque en voz baja, mientras yo, cogido de la falda de mi madre, miraba a la gente que nos rodeaba: penados, gendarmes, mujeres que lloraban, hombres que maldecían o que permanecían silenciosos, como si sus mentes estuviesen fuera de



allí, en libertad, y niños que chupaban tristes caramelos o lloraban al unísono con sus madres. Nicolás, ayudado de un largo alambre, pasó a mi madre a través de los barrotes y la rejilla un gran billete de banco, no limpio y sin arrugas, como los de Río, sino estrujado y flácido, como si alguien lo hubiese llevado, doblado en varias partes y durante años, oculto entre las suelas de los zapatos. Ni aquel billete, sin embargo, ni las diligencias de mi madre sirvieron de nada: después de dos tentativas de evasión, en una de las cuales sus compañeros debieron sacarle a tirones, semi asfixiado, del interior de los cañones del alcantarillado de la penitenciaría, Nicolás fué sacado con grillos y enviado a otro penal del Sur, desde donde, luego de otro intento de evasión, frustrado por el grito de dolor que lanzara al caer al suelo, de pie, desde una altura de cuatro metros, fué trasladado a Tierra del Fuego, en donde, finalmente, huyendo a través de los lluviosos bosques, murió y de seguro tal como había vivido siempre: recién hecho—; pero, a pesar de lo asegurado por él, mi padre no salió tan pronto en libertad: los jueces, individuos sin imaginación, necesitaron varios meses para convencerse, aunque sólo a medias, que Aniceto Hevia no era, como ellos legalmente opinaban, un malhechor sino que, como aseguraba, también legalmente, el abogado, un bienhechor de la sociedad puesto que era comerciante: su visita al departamento que ocupaba la cantante la Patti en el hotel se había debido al deseo de mostrar a la actriz algunas joyas que el comerciante deseaba ofrecerle. ¿Joyas? Un joyero alemán, cliente de los ladrones de Río, facilitó al abogado, no sin repetido y minucioso inventario, un cofre repleto de anillos, prendedores y otras relumbrantes baratijas. ¿Por qué había elegido aquella hora para entrar? ¿Y a qué hora es posible ver a las artistas de teatro? ¿Cómo había entrado? La puerta estaba abierta: «El señor juez sabe que la gente de teatro es desordenada; todos los artistas lo son. Mi defendido, después de llamar repetidas veces...» Mi madre, próxima a dar a luz, fué llevada por el abogado ante el tribunal y allí no sólo aseguró todo lo que el ente jurídico le indicó que asegurara sino que lloró mucho más de lo que aquél le insinuara. Días después, y a las pocas horas de haber nacido Joao, su primogénito, El Gallego llegó a su casa, aunque no solo; un agente de policía, con orden de no abandonarle ni a sol ni a sombra y de embarcarlo en el primer barco que zarpara hacia el sur o hacia el norte, le acompañaba. Otros días, y mi padre, acompañado de su mujer, que llevaba en brazos a su primer hijo, partió ha-

cia el Sur; el abogado, con la cartera repleta de aquellos hermosos billetes que repartía tan generosamente Nicolás, fué a despedirle al muelle, y allí también estaba el casi imponderable individuo, mirando con un ojo a mi padre y con el otro al agente de policía... Y así siguió la vida, de ciudad en ciudad, de república en república; nacían los hijos, crecíamos los hijos; mi padre desaparecía por cortas o largas temporadas: viajaba, se escondía o yacía en algún calabozo; reaparecía, a veces con unas preciosas barbas, siempre industrioso, trabajando sus moldes de cera, sus llaves, sus cerraduras. Cuando pienso en él me pregunto: ¿por qué? Más de una vez, seguramente, y a juzgar por lo que a veces le buscaba la policía, tuvo en sus manos grandes cantidades de dinero; era sobrio, tranquilo, económico y muy serio en sus asuntos—de no haber sido ladrón habría podido ser elegido, entre muchos, como el trabajador-tipo con que sueñan los burgueses y los marxistas de todo el mundo. Las cerraduras de las casas, o a veces sólo cuartos, en que vivíamos, funcionaban siempre como instrumentos de alta precisión: no rechinaban, no oponían resistencia alguna a las llaves y casi parecían abrirse con la sola aproximación de las manos, como si entre el frío metal y los tibios dedos existiera una especial atracción. Odiaba las cerraduras descompuestas o tozudas y una llave torpe o un candado díscolo eran para él lo que para un concertista de guitarra puede ser un clavijero vendido. Sacaba las cerraduras, las miraba con seriedad y con ternura, como preguntándole qué les ocurría y por qué molestaban, y luego, con una habilidad imperceptible, tocaba aquí, apretaba allá, limpiaba esto, limaba lo otro y volvía a colocarlas, graduando con cuidado la presión de los tornillos; metía la llave, y la cerradura, sin un roce, sin un ruido, como en sordina, jugaba en silencio su barba y su muletilla. ¿Por qué no se estableció? Una cerrajería lo hubiese hecho rico; pero quizás amaba su oficio como un artista y no como un obrero y no quería desvirtuarse.) No, no tenía a quien escribir.

## v

No podía embarcar: era un ser sin documentos; y a pesar de mis ojos, de mis piernas, de mi estómago, a pesar de mi hambre y de mi tristeza, parecía no existir para nadie y, en realidad, no existía sino para mí mismo. Me senté en la escala del muelle, afirmé la cabeza en las manos y miré hacia el mar: el barco vi-



raba en ciento ochenta grados, enfilando en ese momento hacia el S derecho: SSW, SW, WSW, W, y por fin, y tras un instante de inmovilidad, que desde el muelle pareció un instante de vacilación, navegó hacia el NW. Relucían al sol los broncees y las pinturas, los blancos botes, las negras chimeneas. Lo recorrí de popa a proa: en algún lugar de la cubierta de pasajeros, en un camarote, en la cocina o en el comedor, iba mi amigo. Incliné la cabeza, descorazonado: allí me quedaba, en aquel puerto desconocido, solo, sin dinero, sin nacionalidad comprobada, sin amigo.

★

## OTRA FAZ DE HORACIO QUIROGA

PIENSO haber insinuado ya \* esta ley: que no hay verdadero escritor sin verdadero hombre detrás, implicando esto último, desde luego, una clara conciencia de las necesidades mentales y espirituales de una época y una conducta diafanamente puesta al servicio de esa conciencia. Horacio Quiroga fué también en ésto—y sobre todo en ésto—, una excepción solitaria. Único al parecer, entre sus colegas de este lado del mundo, resolvió armarse de la responsabilidad cabal del escritor y del coraje indispensable.

En efecto, los escritores libres de cualquier época, desde los profetas de Israel hasta hoy han denunciado de un modo o de otro ese fondo de servidumbre material y espiritual en que se ha movido toda sociedad humana hasta nuestros días. Solo que hoy, cuando la clase usurpadora está condenada por el proceso histórico a desaparecer para que la sociedad sin amos se realice al fin—, éstos se empeñan ciegamente en inveterar su automando, esgrimiendo toda la panoplia de la crueldad y todos los biombos del fraude. Con ello está dicho que la misión del escritor se vuelve a un tiempo más indispensable y más difícil.

He aquí que es preciso volverse un instante hacia lo que ya comienzan a ver hasta los miopes: que nuestra inteligencia se ha dejado estabilizar—es la palabra exacta— y así como los toros de raza llevan colgados de su enangostada frente o su ensanchado morro cintajos de honor y medallas de provecho. Con enternecedora unanimidad, nuestros escritores, a lo que parece, se han puesto ejemplarmente de parte de la burguesía, defendiendo o descocada o clandestinamente todos sus mitos como gendarmes o espías o como sacristanes. Acaso no se ofrecen más excepciones válidas, hoy por hoy, en nuestro idioma que las de Antonio Machado y León Felipe en España y las de Mariátegui y Quiroga entre nosotros.

¿Seguiremos dando por invisible, con sólo no mirarlo, lo que está a la vista? Qué discreta, pero implacablemente, a través de sus más próceres relatos, Quiroga fué poniendo en

\* Véase «Horacio Quiroga, poeta de la naturaleza» del mismo autor en el número 43 de «BABEL».

solfa, uno por uno, casi todo los mitos de penacho de héroe o plumaje de ángel con que la clase culta disfraza y sacramenta sus ya averiadas trapisondas, su decadencia de payaso.

Aunque caiga en pesadeces de perito inventariador tendré que recordar aquí que «La igualdad en tres actos» desvencijó el más orondo de los infundios proclamado por una sociedad bifurcada como la lengua de la víbora. En «Los mensú» y en «Los pescadores de vigas», evidenció Quiroga la entraña profesionalmente homicida de las empresas industriales de hoy. La tensión brutal de «Una bofetada» denuncia una sorda solidaridad con la venganza justiciera de un obrero vejado a mansalva. En «Los precursores» se asiste al comienzo de una conciencia de clase y de rebeldía dignificadora de los explotados y a la dura fraternidad que entre los trabajadores indígenas y los obreros de Europa despierta la común suerte de ignominia.

Artista inmaculadamente vital, según se dijo, no pudo pasar y no pasó sin poner a trasluz la decadencia de los instintos de vida, acarreada por siglos de negación beata de la Naturaleza, de sobreseguridades relajadoras, de convenciones mecánico-idealistas. Así en «El León y la señorita Leona», «El potro salvaje» y así en «Más allá», contra la inhumanidad mística de los soñadores de amor sin latidos de sangre, de besos sin labios. La estupidez ferozmente inútil del espíritu de todas las policías está burlada lúgubrementemente en «Historia divina y gramatical», así como el fondo de sevicia de las morales de cotarro y sacristía está puesta al desnudo en «Juan Darién». Y la burla más torrencial cae en «Polea loca» sobre la inutilidad grandiosa de las burocracias. Pienso que en «El Divino», en «La Pasión» y en *Pasado Amor* hay materia suficiente para colegir que Quiroga sabía a qué atenerse sobre el espíritu rateril y carcelario de las religiones.

¿Hay algo más? Sí. En sendas ocasiones sus duras manos artesanas se atrevieron a tocar uno de los secretos públicos más preciosamente custodiados: por un lado—en «Cántico nacional», que la prensa diaria o revisteril, que sólo persigue éxitos resonantes y constantes—contribuye demiúrgicamente a convertir la literatura y la cultura en un mero subproducto venal de la grandeza rotativa—; por el otro, que la moral cristiano-pecuniaria que tiene vientre y garras de animal de presa, no permite que nadie se los aluda: no perdona, dice Quiroga, la revelación de esa orgía de millones beneficiados y rapiñados en la guerra en tanto que las multitudes del frente revientan de hambre.

Si parece poco, no olvidemos que en «Sinfonía heroica» y «El soldado» el gran escritor no sólo denuncia que el «heroísmo» del soldado no tiene más sentido que el de un *harakiri* obligatorio, sino que la condición de soldado en sí implica una servidumbre de clase y la abdicación suicida de su rango de criatura libre. Por último, en «La patria», la moraleja insita es convincente como un rayo de sol: que la libertad moderna no cabe ya en las gestápicas fronteras de las patrias tradicionales y que el hombre de hoy y de mañana tendrá que romperlas para poder respirar.

Ese fué Horacio Quiroga. Por lo que a su persona hace yo no he conocido nada más profundo y delicado que esa sonrisa suya entre sus barbas oscuras, ni nada más parecido a un amanecer. Y claro está que un hombre y un escritor de esa laya, pese a su auténtico sentido de lo popular (justamente en razón de su aséptica carencia de demagogismo) no podía alcanzar gran difusión entre las romas masas lectoras de hoy, ni predicamento alguno entre los camelleros de nuestra democracia conducida. Algunos objetarán que fué debidamente «encomiado» por la crítica—acierto descomtable, pues nuestra crítica «encomia» todo indefectiblemente.

Sólo sabemos de una profecía fácil: mañana cuando los libros de los Martínez Zuviría, los Ibarguren, los Gálvez, y todos los que en América se les parecen, despejen el aire, cuando esos puros *boomerangs* de librería y de catálogo, esos espejos dorados de todas las más hueras convenciones, esos biombo de humo, despejen el aire, ya los intrépidos relatos de Horacio Quiroga estarán adscriptos vitalmente a la conciencia y al corazón de hombres y mujeres bastante menos dormidos que los de hoy.





## LOS HOMBRES HAMBRIENTOS

ESTA situación—dijo el hombre hambriento enseñando sus costillas—proviene de mis grandes riquezas. Tal cual. No es paradoja. Ni antes ni después. En el instante mismo, con lo que me sobra para vivir—¿entienden ustedes bien?—podría arrancar de la tumba al millón y medio de suicidados por hambre en 1933. Con lo que me sobra para vivir, a mí. Y me muero de hambre.

Miramos con mayor atención a quien hablaba. Hallábase, en efecto, en estado atroz de flacura. Por debajo de la camiseta nos enseñaba sus costillas, mientras nos observaba con desvarío. Un gran fuego de exasperación lucía en sus ojos de hambriento y las palabras lanzábanse precipitadamente de su boca.

Nos llegaba, no sabemos de dónde, acaso del fondo del bosque, donde él y algunos compañeros habían ido a trabajar la tierra. Durante largo tiempo nada habíamos sabido de ellos; suponíamoslos prósperos. Y he aquí que se hallaban ante nosotros, él solo, sin más ropa que un pantalón y una camiseta que alzaba con mano temblante.

—Tal cual—prosiguió tras una larga pausa con la que parecía habernos ofrecido tiempo suficiente para juzgar hasta las heces su situación.

Con lo que me sobra para vivir he dicho, yo y mis compañeros podríamos hacer la felicidad de otros tantos miserables. ¡Comer, comer! ¿Entienden? Allá están ellos, vigilándose unos a otros desde lo alto de sus riquezas, mientras se mueren de inanición, y cada cual sentado sobre pirámides de mandioca que se pudren con la humedad, y abrazados a cachos de bananas que se deshacen entre sus dedos.

Bien. Esto no significa nada: avaricia, roña y todo lo demás. ¡Pero es que tampoco es esto! ¡Es vanidad, envidia y rencor lo que les impide comer! No tienen ojos sino para atisbar las crecientes necesidades del vecino, y enloquecidos por la suficiencia y los celos, se están muriendo de hambre en el seno de la superproducción.

Tal cual. Éramos diez, y nos instalamos en plena selva a machetear, rozar, tumbar, barbear—toda la secuela del tra-

bajo montés—con un coraje y una capacidad para bastarnos a nosotros mismos como no se volverá a hallar en diez individuos que se internaron un día en el bosque a eso, tal cual.

¡Y coraje, amigos! ¡Brotaban del filo de las azadas chispas de energía y perseverancia! ¡Y en el honrado corazón más chispas!

A fines del primer verano éramos libres. No dependíamos de nadie, e izamos la gran bandera empapada en sudor del bienestar logrado.

En aquel fondo de la selva representábamos la especie humana. Nuestras hachas particulares eran en verdad una sola hacha que manejaban veinte brazos de hombres. Por esto éramos hermanos; ¡porque al batir de aquella hacha diez pechos resonaban con el mismo justo, tremendo y triunfal estertor!

Pero no juntos. Cada cual arrancaba a la tierra los frutos de su parcela que era de cada cual, y con el producto de todas formábamos el gran bienestar solidario. Yo obtenía mandioca, y solo mandioca, ¿entienden bien?, porque mi tierra era ingrata a cualquier otro cultivo. Y he aquí que el otro obtenía sólo maíz. Y aquél, soja. Y el de más allá, mandarinas. Tal es la condición de estas tierras irregulares. ¿Por qué pretender a dura costa de la tierra propia lo que el vecino logra fácilmente de la suya? Trocábamos los productos, claro está. Mi mandioca alimentaba a los demás, y las bananas del otro nos nutrían a todos. El excedente de cada cultivo particular iba, pues, a llenar las necesidades del que carecía de aquel.

Más que abundancia. ¿Ustedes saben—añadió enseñando todavía su vientre—lo que es estar bien alimentado, bien nutrido, con la conciencia recta, y esta conciencia y el alma y el puño robusto imantados hacia la paz? Tales éramos. Ahora no quedan sino pingajos, y yo, un miserable, y nada más.

¡Soles protectores! Cada cual luchaba ardentemente por su cosecha, propia suya, pero que era de todos, puesto que intercambiábamos los productos.

¡Celos? ¡Oh, no! ¡Bendita era la lluvia que empapaba al igual las diez parcelas! ¡Y sí orgullo de vivir contentos, de apretar tras la primera cerca que se cruce la mano a un igual!

\* \* \*

Un día cayó como un rayo, la suficiencia sobre la tierra húmeda. Quisimos enriquecernos aisladamente.

¿Ven ustedes la situación, verdad? Solo, aislado, cada cual en su rincón fertilísimo para un solo cultivo, pero ingrato para los demás, cada uno de nosotros valía apenas un moribundo. Exactamente: la décima parte de un hombre en salud.

Ante el nuevo dogma alguien clamó entonces:

—¡Pero es una locura! ¡Nos empobreceremos hasta la miseria si procedemos así!

—¿Cómo miseria?—le respondieron.—¡Miseria sobre el que habla! Antes bien, nadaremos en la opulencia. Cada cual debe bastarse a sí mismo, sin deber nada a nadie. Esta es la ley. Mas objetaron otros:

—¡Hambriento, mil veces hambriento se tornará el hombre que pretenda especular con las necesidades del vecino! ¿Qué locura es ésa, compañeros, que ha caído sobre el planeta? ¿Dónde puede hallarse el origen de esta aberración pandémica de pretender bastarse a sí mismo, cuando no se posee ni sol, ni agua, ni tierra, ni esfuerzos suficientes para producirlo todo? El trabajo se torna ruin cuando su tremendo rendimiento sólo se emplea para inflar la vanidad. ¡Alerta, compañeros!

Mas respondieron otros:

—¡Engaño y cobardía predica la voz que habla! El destino del trabajo es la riqueza, y ésta no se logra sin liberarse de la labor del vecino. Bastarse a sí propio. Esta es la ley.

—Sí, la ley de la miseria, ¡oh, hermanos de antaño! Y la miseria envidiosa y emponzoñable, que es la peor de todas!

Tal dijo en vano. Porque todos nos convertimos al nuevo dogma, y yo el primero de todos me dí a plantar y almacenar mandioca, más mandioca! Y el otro hizo lo mismo con su maíz, y aquél con sus bananas. Y arrastrando por el suelo la gran bandera del trabajo solidario, izamos en cada parcela la del éxito personal.

—¡Qué éxito, señores! Pirámides de naranjas y bananas, chauchas, espigas y demás alzábamos ahora desmesuradamente, puesto que la clave de dicho éxito radicaba precisamente en ello. ¿Comprenden ustedes bien? Vender caros nuestros productos y comprar baratos los del vecino.

¿Están? ¿Aprecian hasta el fondo la diabólica martingala? ¡Esto es comerciar, triunfar, amigos!

Bien. Cuando los primeros fríos justificaron el apetito y el mercado se abrió, el pasmo, también como el rayo, cayó de plano sobre nuestras cabezas: la sublime martingala que cada cual creía un hallazgo suyo, había infectado también el corazón de todos. Cada cual la alimentaba como sagrado fuego

de lucha que iba a enriquecerlo a costa de la necesidad del vecino.

Por esto cuando el mercado se abrió, ninguna sed honesta, ningún apetito honrado pudo ser satisfecho.

—¿Precisas bananas, no es cierto? Nada más fácil. Te cambio cada una por cinco mandarinas. Es bien claro.

—Pero tú mismo, ¿no necesitas acaso mandarinas para tu nutrición? Te es bien fácil adquirirlas. Dame cinco bananas por esta mandarina, y es tuya.

¡Señores! Todos, todos caímos de boca en la sima abierta. ¡El más nimio postulado, el más elemental criterio de la sensatez para ver la burda trampa nos fueron negados! Todos creímos a pies juntillas que al trocar una banana por cinco naranjas, el damnificado iba a devolvernos generosidad por ratería. Fuimos tan solemnemente tontos que, tarde ya, comprendimos que el arma tenía dos filos. Y allá están, sentados como dioses en descomposición sobre pirámides de alimentos exclusivos que no alcanzan a nutrirlos, verdosos de envidia, con los ojos hambrientos puestos sobre las pirámides vecinas que se van hundiendo a la par de todas, carcomidas por la suficiencia y la especulación.

Tal cual. ¡Nos morimos, nos asfixiamos de hambre sobre la riqueza! ¿Qué hacer?

Con un ademán de desvarío, el hombre calló. Mirámoslo en silencio, como a un dios, en efecto, que hubiera surgido quién sabe de qué religión de opulencia descompuesta y miserable desnutrición.

De nuestro grupo, entonces, alguien dejó caer unas palabras.

—Quemen ustedes las pirámides—dijo—y con ellas el gusano que las creó y las carcome. Recomiencen luego su vida anterior.

El hombre hambriento abrió cuan grande eran sus ojos, tembló por un largo instante de la cabeza a los pies y súbitamente se lanzó al bosque enarbolando un gajo a modo de tea.

No sabemos si siguió el consejo, ni si las estériles y vergonzosas pirámides fueron arrasadas junto con su gusano creador. Dada la distancia que nos separa de aquéllas, la humareda, si existe, no ha llegado todavía hasta nosotros.

Pero esperamos verla algún día.



Julio Moncada

## ECHO A CAER AQUI MI LLANTO

---

*Todos, creo, se murieron o están por hacerlo  
con esa gravedad que caracteriza a los difuntos.  
Y yo, me estoy aun mordiendo el dedo índice,  
aún me rompo el codo con el paño del traje,  
meto a mis interiores desnudos una ternura  
que no hay donde dejar.*

*Echo a caer aquí mi llanto para siempre.*

*Pues qué, vecino, qué  
puedes tú o yo hacer, si nada sirve.  
Siquiera unas cuantas lágrimas caen y ruedan lindamente,  
sirven para mirarlas rodando y deshaciéndose.  
perdiéndose, licuándose  
en dedos y mejillas candorosas todavía.*

*Pues aún soy un niño que atrapa los rincones  
y siempre está en la sombra esperando se vaya la visita,  
con las cejas fruncidas y los párpados bajos.  
Siempre hay tantas visitas,  
y tanto ruido hay siempre.*

*Echo a caer aquí mi llanto para siempre y por siempre.*

*Me dan pena estas cosas que suceden de pronto,  
no es tanto no tener para comer, como comer así,  
espiándose mutuamente, recibiendo  
a piel descubierta un rasguñón.*

*Francamente, da pena perderlo todo, todo siempre.*

*Se va a morir mi llanto y he de quedar más solo todavía.*

Uruguay, Octubre de 1948.

Enrique Espinoza

## CONCIENCIA POETICA DE ANTONIO MACHADO

---

LA GENERACION literaria española llamada del 98 porque su nacimiento a la vida del espíritu tiene lugar alrededor de aquel año, definitivo en la política del antiguo Imperio a causa de la pérdida de su postrer baluarte americano, fué fecunda en escritores y poetas *libertarios*, o mejor dicho, rebeldes de toda laya. Sin embargo, el recuento de sus más destacados miembros, desde Unamuno y Azorín, pasando por Baroja y Maeztu, para llegar a Valle-Inclán y Antonio Machado, sólo nos deja verdaderamente libre a este último, tras la gran prueba de fuego a que fué sometida, junto a su vigoroso pueblo, la débil *inteligencia* española.

Por tanto, Antonio Machado es el primer poeta hispánico muerto en su ley, que nos deja una obra intensa aunque reducida, y exenta de impurezas y contradicciones como su propia vida.

Cuando se medita en la trágica agonía de Unamuno en Salamanca tras los gritos siniestros de «Muera la inteligencia» y «Viva la muerte»—para no decir nada del «retórico silencio» de Ortega y Gasset al fin roto en favor del fascismo, y se piensa en la grotesca sobrevivencia fronteriza de Pío Baroja, temblando por primera vez ante lo que va a decir por escrito, y sacudiéndose, a buena hora, la inocuidad de cuanto llevaba dicho en sus libros *porque éstos no se habían vendido demasiado en España*, no se puede menos que sentir vergüenza y pena de la mayor parte de esta generación acomodaticia y frívola que la República llevó ingenuamente a las posiciones más decorativas para que los Ayalas, Benaventes y Marañones la dejaran de pronto en la estacada sin ningún decoro.

Y pensar que algunos de estos literatos con cátedra pero sin espinazo pretendían ser los maestros de la juventud. Maestros?... Ahora se ve bien que sólo eran, digámoslo sin temor al equívoco italiano, inescrupulosos traductores del alemán. Maestros en el sentido íntegro y creador de la palabra no podemos considerar en España y en nuestro tiempo más que al apócrifo Juan de Mairena, de feliz memoria. Los otros, del tipo de Eugenio d'Ors, rehusaron—salvo dos o tres—pasar del pensamiento a la acción, terminando por caer en la reacción, es decir, en la retórica, en lo que no es.

De ahí que alguno adoptara gesticular a la romana y llenarse la boca con igual irresponsabilidad que antes de palabras agresivas y bárbaras sobre la pretendida hegemonía «racial», según decía con un terminacho que ni siquiera pertenece a nuestro idioma. ¿Olvidaba ese títere de la hispanidad que el concepto étnico fué derrotado aquí de hecho por los criollos conscientes de su mestizaje hace más de cien años?

En verdad no vale la pena insistir en torno al casticismo de aquella estéril generación finisecular que no produjo después de Ganivet ningún pensador profundo en la prosa castellana. Si en el verso se supera hasta darnos un Antonio Machado es porque un hijo de América introduce la libertad francesa del modernismo en España. Al llevar a Madrid, con motivo del cuarto centenario del Descubrimiento, *las cuentas de vidrio* que había traído a estas playas el «Desgraciado Almirante», Rubén Darío llega a conquistarse uno por uno a todos los jóvenes poetas de la villa y corte. Y si es innegable que Valle Inclán, a pesar de su viaje a Méjico y de todos sus méritos novelescos, muestra en *La Pipa de Kif* que sólo se le han subido a la cabeza los humos exóticos del gran nicaragüense, Antonio Machado experimenta una influencia mucho más profunda. Sin dejar de ser español, o por lo mismo que lo sigue siendo en un sentido orgánico, el autor de *Soledades, Galerías y otros poemas* se hace más universal. Por eso, Darío, tan manirroto para el elogio intrascendente, lo celebra con excepcional justeza en un breve romance castellano lleno de gravedad y de mesura:

*Su mirada era tan profunda  
que apenas se podía ver.*

Versos redondos que hoy se pueden referir por igual al poeta que a su poesía, pues la imagen entera de aquél está fijada para siempre en aquélla a través de sus *Campos de Castilla*.

Quizás se deba a esta profundidad intuída por Rubén Darío que las «juventudes» de España y de América no vieran en Antonio Machado a un maestro de maestros apócrifos como Juan de Mairena y Abel Martín, mientras se entusiasmaban hasta el punto de fechar casi un movimiento renovador con las greguerías de «Ramón».

Por nuestra parte, siempre nos lamentaremos de no haber conocido directamente al auténtico Antonio Machado cuando estuvimos en Madrid, poco antes de la invasión ítalo-germana.

Mas ¿qué podía decirnos Antonio Machado a *nosotros solos* que no hubiera escrito ya en sus Apuntes y recuerdos del pro-

fesor apócrifo Juan de Mairena, que acababan de aparecer reunidos en compacto volumen de más de trescientas páginas, gemelo del otro de sus *Poesías Completas*?

Bien presente tenemos la sorpresa de algunos jóvenes escritores españoles cuando les manifestamos que de toda la generación del 98 sólo echábamos de menos el conocimiento personal de don Antonio Machado. No es que ellos creyeran en muchos otros componentes de aquella generación; pero nuestra actitud, fundada en un verdadero empacho de insulsas correspondencias madrileñas en la prensa de Buenos Aires, les parecía excesiva.

Pronto la guerra les hizo ver que no contaban con ningún escritor igual entre aquella numerosa promoción literaria.

Salimos pues de España sin conocer personalmente a su poeta: pero sí, algo de su maravilloso país, como aconseja Goethe en dístico famoso:

*Wer dem Dichter will versteh'n  
Muss in Dichter's Lande geh'n.\**

Desde entonces y durante el largo período del desangramiento del pueblo español, no hemos estado en comunidad con ningún otro de sus poetas—fuera de León Felipe—como con Antonio Machado.

Por eso al caer la pluma como un arma de sus manos, intentamos esta rápida revista de su acendrada producción en verso y prosa, dejando de lado su labor dramática en compañía de su hermano Manuel.

La obra de Antonio Machado está todavía demasiado próxima al herviente caos de España para juzgarla dentro de una perspectiva histórica; pero no hay duda de que su nombre pertenece ya al número de los escritores representativos de nuestro tiempo.

\*

Caso españolísimo el de este poeta andaluz de nacimiento y castellano por vocación. Los sanguinarios husmeadores de razas no entienden tal *desvío* que revela ante todo una clara conciencia poética. Menos aún entienden el antecedente remoto de Manrique. Porque el problema no es de ahora sino de siempre. El Greco que pinta al castizo Caballero de la

\* Quien al poeta quiera conocer  
Debe un viaje al país del mismo hacer.



triste figura al mismo tiempo que Cervantes, viene todavía de más lejos que Velázquez, de fuera de España. Y en sentido contrario, dentro del propio campo de la expresión artística, ¿de dónde es Albéniz, el cantor de Córdoba, Granada y Sevilla?

El mismo Antonio Machado recuerda en los Apuntes de Juan de Mairena que más de un verso de Calderón podría ser de Lope... o de Góngora. Por ejemplo:

*Respóndate, retórico, el silencio.*

Prueba de la suprema unidad del espíritu hispano (y humano) más allá de las pequeñas diferencias regionales que explotan los grandes mercaderes de la muerte *made in Germany*, con sus cómplices y traductores peninsulares, borrachos de palabras que no dicen nada.

En favor de la vida y de su expresión más genuina en la muerte, aparece precisamente a fines del siglo XIX, la época de mayor decadencia hispánica, la poesía de Antonio Machado como un ejemplo de lo que fué y debe continuar siendo lo humano español.

Era un momento crucial que le había sorbido el seso a toda la nación con la quimera del oro indiano. No por nada, el joven poeta finisecular empieza sus *Soledades* con «El viajero», un poema que simboliza de entrada aquel estado de ánimo colectivo en lo más íntimo y personal:

*Está en la sala familiar, sombría,  
y entre nosotros, el querido hermano  
que en el sueño infantil de un claro día  
vimos partir hacia un país lejano.*

Este hermano pródigo con quien se identifica muy luego Antonio Machado, nos dice en tono menor sus largas andanzas por los caminos del mundo:

*En todas partes he visto  
caravanas de tristeza,  
soberbios y melancólicos  
borrachos de sombra negra,  
y pedantones al paño  
que miran, callan y piensan  
que saben, porque no beben  
el vino de las tabernas.  
Mala gente que camina,  
y va apestando la tierra.*

El romance suena todavía a literatura, de la mejor, es cierto; pero literatura rehecha al fin con el sabor añejo de otra época. La voz auténtica de Don Antonio asomará recién, clara y distinta, en esa creación perfecta que se intitula «En el entierro de un amigo», una verdadera obra maestra de la que una frase se ha hecho proverbial en boca de todos como una sentencia clásica. Es algo que muy pocos poetas logran en serio, porque el pueblo sólo acepta de buen grado aquello que le impone respeto. Y en nuestro idioma muy pocos versos salen airosos de la prueba del retruécano o de la recitación cascabelera... Aun los mejores versos suelen ser reversibles, fáciles de echar a perder. En una palabra: desinflables, vueltos superficiales durante las agresivas contingencias del tráfico.

Los versos que Antonio Machado dedica al hombre, al campo, a los caminos de España son demasiado puros y libres de toda gala retórica. No hay como aprehenderlos sólo con el oído. Requieren también la vista para ser gustados en la intimidad del libro por su arquitectura interna, descarnada, antibarroca, digamos. He aquí un ejemplo representativo a nuestro juicio:

*La tarde está muriendo  
como un hogar humilde que se apaga.  
Allá sobre los montes,  
quedan algunas brasas.  
Y este árbol roto en el camino blanco  
hace llorar de lástima.  
¡Dos ramas en el tronco herido, y una  
hoja marchita en cada rama!  
¿Lloras? ... Entre los álamos de oro,  
lejos, la sombra del amor te aguarda.*

¿Qué tienen estos versos que leímos admirados en nuestra adolescencia y que sin embargo parecen de hoy porque son de siempre? Dos o tres imágenes, apenas. Nada más. Pero ¡cuánto genuino sentimiento del campo español en tan pocas palabras! Sentimiento y no énfasis. Hasta los versos de amor de Antonio Machado carecen de énfasis. Son igualmente graves, sentenciosos, maduros... Recuérdese aquello de que al amor le viene bien su poquito de exageración y este poema en una estrofa:

*Al borde del sendero un día nos sentamos.  
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita  
son las desesperantes posturas que tomamos  
para aguardar... Mas Ella no faltará a la cita.*

Toda la historia oculta del hombre y del poeta puede seguirse a través de la poesía de Antonio Machado. Y no sólo en su auto-retrato literario, que llama simplemente «Retrato» como si se tratara del de cualquier otro, sino a lo largo de su propia visión del paisaje que para él es siempre un estado de ánimo colectivo.

Precisamente en el «Retrato» que encabeza el libro *Campos de Castilla*, Machado logra en un par de líneas la expresión de cuanto hay entre el cielo y la tierra y que la filosofía no alcanza, según Shakespeare:

*Converso con el hombre que siempre va conmigo  
—quien habla solo espera hablar a Dios un día.*

Aquí junto al retrato del poeta está en verdad el retrato del hombre, sobre todo, el del hombre universal y español a un tiempo, que se insinúa en la vaguedad del título.

Como buen filósofo, Antonio Machado no se pierde en metafisiqueos. Dentro de este mismo «Retrato» nos muestra un idéntico enlace de lo individual con lo colectivo en términos mucho más concretos:

*Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,  
pero mi verso brota de manantial sereno.*

Consciente de lo uno y de lo otro, el poeta recorre durante años el suelo español en busca de su sentido profundo. Va desde la baja Andalucía al alto Duero. Vegeta como profesor de lenguas vivas en un instituto rural de Soria; y con gustarle de alma la antigua ciudad castellana, escapa sin embargo de ella en las vacaciones, atravesando los campos en tren para llevar la preciosa carga de sus versos a Madrid. Lo hace más como un campesino que como un profesor:

*Yo para todo viaje,  
—siempre sobre la madera  
de mi vagón de tercera—  
voy ligero de equipaje.*

Desde luego, junto al poeta está siempre el hombre que amasa la sustancia de su vida con lágrimas. A veces le asalta su pasado sentimental y recuerda en su triste viudez otros viajes por la tierra castellana en compañía de la que no nombra

casi nunca por un pudor bien entendido. Entonces, tras el sollozo que parece quebrarse en una queja de cante jondo, Antonio Machado pone fin a su itinerario de la dicha con esta estrofa de rima endeble, pero poderosamente expresiva en su alusión a otros versos que citamos antes. El hombre y el poeta son en él de veras uno y lo mismo:

*Tan pobre me estoy quedando,  
que ya ni siquiera estoy  
conmigo, ni sé si voy  
conmigo a solas viajando.*

Toda la obra de madurez de Antonio Machado revela que este gran español solitario no tiene en sus mejores años otra pasión que la de España. Castilla que la unifica en su torno, dándole fisonomía espiritual por el idioma, aparece en sus versos no sólo como ha sido sino también como es:

*... Oh, tierra triste y noble,  
la de altos llanos y yermos y roquedas,  
de campos sin arados, regatos ni arboledas;  
decrépitas ciudades, caminos sin mesones,  
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones  
que aun van, abandonando el mortecino hogar,  
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!*

Así canta el poeta a orillas del Duero en una de sus más amargas composiciones, aquella que tiene aun estos dos magníficos pareados que confirman definitivamente lo que llamamos al principio su conciencia poética.

*Castilla miserable, ayer dominadora  
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.*

*La madre en otros tiempos fecunda en capitanes  
madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.*

Y el formidable poema, todo escrito en ese verso alejandrino tan propicio a la declamación y al arrebató concluye, sin embargo, sereno como empieza, con una nota personalísima casi en tono menor, lo que significa una depuración pocas veces lograda en tal metro dentro de nuestro idioma. Dice así:



*El sol va declinando. De la ciudad lejana  
me llega un armonioso tañido de campana  
—ya irán a su rosario las enluladas viejas—  
De entre las peñas salen dos lindas comadreja;  
me miran y se alejan, huyendo, y aparecen  
de nuevo ¡tan curiosas! . . . Los campos oscurecen.  
Hacia el camino blanco está el mesón abierto  
al campo ensombrecido y al pedregal desierto.*

Pero si bien Antonio Machado tiene suma maestría para captar el detalle único, la nota característica del cambiante paisaje castellano, tan difícil de fijar en su fluidez, su espíritu no se complace, casi nunca en lo pintoresco. Con ser un virtuoso del verso cuyo ritmo rompe muchas veces jugando la rima al modo de Lugones, el Lugones del *Lunario*, su estética resulta al cabo menos brillante a fuer de más profunda. Y es que en la conjunción de lo lírico y lo español priva en Machado siempre lo último, entendido no sólo como idioma, pues en sus versos más castizos pueden hallarse muchas palabras foráneas, sino como cultura y estilo vital. En ese sentido su arte no trasciende los límites castellanos, mas ahonda la huella luminosa de los mejores poetas de España —sus poetas— para revelarnos en primer plano una imagen exacta de su país.

Toda la España de fines del siglo XIX y principios del XX está en la poesía de Antonio Machado con sus campos, montañas y ciudades florecientes por un lado, y por el otro—la sombra de Caín en medio—con sus hidalgos pastores y labriegos venidos a menos. El poeta enamorado del Duero y en quien el Duero se refleja íntegro, tiene el coraje muy español de descubrir, como el viento a Noé, las vergüenzas del solar nativo que, ebrio tras el festín imperial y la guerra carlista, en constante recidiva, deja de ser un padre para sus propios hijos.

Al comienzo Machado sueña todavía en restituirle con sus compañeros del 98 la perdida dignidad a España; pero después comprende que esta generación no tiene método y verdadera inteligencia para actuar con eficacia en la vida social contemporánea.

Los versos que dedica al notable periodista madrileño Roberto Castrovido bajo el título por demás elocuente de «El mañana efímero», así como aquellos otros que brinda a manera de ejemplo a «una juventud más joven», no dejan lugar a dudas al respecto. En los primeros, el poeta clama obsesivamente:

*El vano ayer engendrará un mañana  
vacío y ¡por ventura! pasajero,  
la sombra de un lechuzo tarambana,  
de un sayón con hechuras de bolero,  
el vacío ayer dará un mañana huero.*

Y en los segundos, suspira melancólico:

*Ya es hoy aquel mañana de ayer . . . Y España toda,  
con sucios oropeles de Carnaval vestida  
aun la tenemos: pobre y escudúda y beoda;  
mas hoy de un vino malo: la sangre de su herida.*

Pero no por eso Machado deja de confiar en un futuro más alto, pues sigue siendo el hombre lúcido que dijimos, el hombre que ve con sus ojos tanto como el poeta con su corazón.

En el elogio que dirige a Azorín por su libro *Castilla* y con motivos del mismo, escribe finalmente unos crudos versos familiares donde sueña juntar una vez más el cielo a la hermosa tierra de España. Son las siguientes líneas que preceden al conocido *envío* literario:

*Desde un pueblo que ayuna y se divierte,  
ora y eructa, desde un pueblo impto  
que juega al mus de espaldas a la muerte,  
creo en la libertad y en la esperanza,  
y en una fe que nace  
cuando se busca a Dios y no se alcanza  
y en el Dios que se lleva y que se hace.*

Aquel ayer finisecular y este mañana huero que ya es hoy, los persigue Machado en todos los órdenes de la existencia española. De regreso a la tierra baja, de donde ha venido, el poeta nos pinta en sus *Nuevas Canciones* una Carmen real acechando tras su reja el paso de un genuino bandolero romántico. Y lo que en las páginas del novelista es apenas un trozo de vida, adquiere en los versos del poeta categoría de símbolo. Merece leerse completo el poemita; pero quizá baste aquí la impresión de la segunda mitad:

*Rondar tu calle nunca verás  
ese que esperas; porque se fué  
toda la España de Merimée.*

*Por esta calle—tú elegirás—  
pasa un notario  
que va al tresillo del boticario,  
y un usurero, a su rosario.*

*También yo paso, viejo y tristón.  
Dentro del pecho llevo un león.*

Imposible, en efecto, olvidar tal acierto. Un rasgo al menos se alojará para siempre en nuestra memoria. Es lo propio y singular del poeta que lo mismo aparece en su extenso romancero de *La tierra de Alvar González*—donde sale otra vez el motivo del indiano que vuelve de América—que en su breve «*Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido*»:

*Metido en tosco sayal,  
las yertas manos en cruz,  
¡tan formal!  
el caballero andaluz.*

El poeta conserva este don extraordinario hasta el fin de sus días. Por él se destacan entre cien mil sus versos a García Lorca desde la primera línea. Como Sem Tob en su gloriosa ancianidad, Antonio Machado reduce cada vez más su poesía a este don para que llegue mejor a todos en una copla, proverbio o cantar. ¿No dijo un día en los umbrales de su madurez?:

*Poeta ayer, hoy triste y pobre  
filósofo trasnochado,  
tengo en monedas de cobre  
mi oro de ayer cambiado.*

¿Qué mucho pues que nos ofreciera desde entonces, paralelamente, sus apuntes en prosa?

\*

Pródigo como fué con sus amigos y compañeros del 98 hasta cubrir a algunos literalmente de elogios, dándoles repetidas veces el título de maestro, Antonio Machado no pudo sin embargo menos que inventarse uno apócrifo: Juan de Mairena, e inventarle otro a éste con el nombre de Abel Martín, cuando

se puso a dar forma orgánica a las lecciones que había estado dictando durante años a los jóvenes de un liceo de provincia. Lo hizo sin duda por aquello que, según cuenta, Mairena decía a sus alumnos:

«Tenéis unos padres excelentes, a quienes debéis respeto y cariño; pero ¿por qué no inventáis otros más excelentes todavía?»

En esto, como en todo lo demás, Machado enseñaba no sólo por ejemplos, sino con el ejemplo.

Se equivocan pues los eruditos que ahora quieren atribuirle maestros menos genuinos o ver en el poeta a un epígono de Gracián o de Ganivet. El «Héroe» de Machado tiene en verdad tan poco que ver con el de Gracián como su «Ideario» con el de Ganivet. Uno y otro hunden sus raíces más profundas en el folklore que para Mairena antes que «un estudio de las reminiscencias de viejas culturas... era cultura viva y creadora de un pueblo de quien había mucho que aprender.»

Por tanto, corresponde buscar primero esta enseñanza popular en la prosa de Machado, que para nosotros tiene la misma originalidad de su poesía.

\*

El procedimiento narrativo de que se vale el escritor para la creación de su héroe apócrifo, a quien concede vida real hasta un lustro antes de la guerra de 1914, pero cuyo ideario, no menos apócrifo, difiere apenas del poético, corresponde al de la novela, fábula o ficción de siempre.

El ayer más que historia es para el autor de *Abel Martín* filosofía que actúa en la conciencia del hombre incorporada al hoy y en constante función del mañana. A esta filosofía de la historia que se modifica platónicamente por sí misma, llama el poeta pasado apócrifo para distinguirlo del otro, irremediable o pasado propiamente dicho.

Claro que tal modo de encarar los hechos como ideas a posteriori, en nombre de un presunto maestro, le concede a Machado la ventaja de su propia experiencia; pero le obliga también a ser consecuente en sentido contrario, es decir, a suponer lo que hubiera dicho su profesor sobre la Liga de las Naciones, la Segunda República o el Tercer Reich...

Según su propia definición, Juan de Mairena busca siempre la manera clásica de ser romántico. Por eso no le asoma



casi nunca lo chabacano y sensacional de los alter ego de Pío Baroja. Meros fantasmas, por otra parte. Antonio Machado ve más profundamente que cualquier otro escritor español de su tiempo. Libre de toda Academia o escuela, sueña como don Francisco Giner fundar una propia y personalísima. Entretanto interviene con su pluma en la orientación política de su país sin ponerse *al servicio* de nadie. Más avanzado que todos los escritores jóvenes que se allegan al pueblo siguiendo su ejemplo, no comparte ninguno de sus dogmas de obediencia. Discute de antiguo a los nuevos jefes del pueblo sus errores fundamentales analizándolos serenamente desde las primeras páginas de su libro único. Así por ejemplo escribe al comienzo del capítulo tercero:

«Los políticos que pretenden gobernar hacia el porvenir deben tener en cuenta la reacción de fondo que sigue en España a todo avance de superficie. Nuestros políticos llamados de izquierda, un tanto frívolos—digámoslo de pasada—, rara vez calculan, cuando disparan sus fusiles cargados de retórica futurista, el retroceso de las culatas, que suele ser, aunque parecezca extraño, más violento que el tiro.»

Algo de esto tuvimos ocasión de ver con nuestros propios ojos en Toledo, y anotarlo casi al mismo tiempo en *Chicos de España*, al lamentarnos de que los socialistas en vez de expropiar todos los cuadros del Greco para volverlos a la casa de su legítimo dueño, se conformaran con poner el nombre de Carlos Marx a la calle de la catedral de dicha ciudad.

Desde luego, Machado no considera tales torpezas como propias de la inteligencia española; al contrario, generalizando, afirma en el mismo lugar:

«Se habla del fracaso de los intelectuales en política. Yo no he creído nunca en él. Se le confunde con el fracaso de ciertos *virtuosos* de la inteligencia, hombres de algún ingenio literario o de alguna habilidad aneja a la literatura y a la conversación—médicos, retóricos, fonetistas, ventrílocuos—, que no siempre son los más inteligentes.»

Que se mande el sayo a quien mejor le viene. Indudablemente, a más de un primer ministro; pero no a ningún filósofo de veras, pues el mismo Machado concluye invocando el arquetipo griego para evitar equívocos. Dice:

«Y en cuanto al fracaso de Platón en política, habremos de buscarlo donde, seguramente no lo encontraremos, en su inmortal *República*. Porque esta fué la política que hizo Platón.»

Guardando todas las distancias, nuestro poeta anhela presentarnos a su Sócrates imaginario en igual forma, haciendo él también «de un pasado que pasó un pasado que no lleva trazas de pasar». Por lo menos, en nuestro idioma.

\*

El libro con las *sentencias, donaires, apuntes y recuerdos* de Juan de Mairena nos presenta en resumen una biografía ideal del profesor apócrifo que acepta resignado la imposición de una leyenda en lo personal, porque comprende que ningún hombre célebre puede pasarse sin ella ni borrarla dentro del breve término de su existencia. Pero el espíritu genuino de Machado, si bien padece en carne propia un renombre semejante por haber en ocasiones buscado evangélicamente la verdad en el vino, rechaza decidido cualquier leyenda en lo colectivo, porque la existencia de un país es lo bastante larga para acabar con toda clase de mentiras. El propio Mairena dice por su intermedio a sus discípulos:

«Los que os hablan de España como de una razón social que es preciso a toda costa acreditar y defender en el mercado mundial, esos para quienes el reclamo, el jaleo y la ocultación de vicios son deberes patrióticos, podrán merecer, yo lo concedo, el título de buenos patriotas; pero de ningún modo el de buenos españoles.»

En múltiples acotaciones y referencias, Machado insiste directa e indirectamente sobre las virtudes y los defectos de su pueblo, deteniéndose amorosamente a filiar unas y otros a través de lo más vivo de la llamada literatura clásica. Seguro de que el mayor bien común de los españoles es su lengua, llena de sabiduría popular, «y que ese fué el barro santo de donde sacó Cervantes la creación más original de todos los tiempos», previene sin embargo a los jóvenes escritores contra el artificio retórico de la tradición, contra el peligro de zambullirse, según sus propias palabras, «en la barbarie casticista, que pretende hacer algo por mera renuncia a la cultura universal».

Libre de todo afán demagógico, Machado actúa siempre como humanista militante, y *amicus Plato*... no teme contradecir algunas veces a sus propios compañeros de lucha. Basta consignar al respecto su españolísima expresión sobre las masas al hablar de la Escuela de Sabiduría: ¡A las masas que las para un rayo!



«Porque aquellos mismos que defienden a las aglomeraciones humanas frente a sus más abominables explotadores han recogido el concepto de masa para convertirlo en categoría social, ética y aun estética.»

Lo que naturalmente Juan de Mairena considera absurdo. Y en esto coincide con nuestro malgrado José Carlos Mariátegui, que, tras de subrayar en el propio himno de la revolución una «neta reminiscencia evangélica», observa en su *Defensa del Marxismo* que también la obra de Barbusse «se presenta impregnada del mismo sentimiento de idealización de la masa, de la masa intemporal, eterna, sobre la que pesa la gloria de los héroes y el fardo de las culturas.» *Masa caritativa*—concluye el peruano—que no es el proletariado moderno, porque su reivindicación genérica no es la reivindicación revolucionaria y socialista.

Para Machado lo que importa, ante todo, es el hombre y no la masa. El pueblo al que ansía hacer partícipe de lo que le corresponde por derecho propio, le merece un concepto totalmente ajeno a esa noción físicomatemática que entraña la palabra masa, y que, a su juicio, no contiene un átomo de humanidad. En distintas partes de su libro el incomparable profesor apócrifo analiza este pensamiento generoso. Así, por ejemplo, al reincidir sobre las ventajas que en España tiene el saber popular sobre el saber universitario:

«Tenemos un pueblo maravillosamente dotado para la sabiduría en el mejor sentido de la palabra: un pueblo a quien no acaba de entontecer una clase media, entontecida a su vez por la indigencia científica de nuestras Universidades y por el pragmatismo eclesiástico, enemigo siempre de las altas actividades del espíritu. Nos empeñamos en que este pueblo aprenda a leer, sin decirle para qué y sin reparar en que él sabe muy bien lo poco que nosotros leemos.»

Pero donde Machado resume mejor su filosofía de las masas—tan distinta de la de Ortega y Gasset—es en su notabilísimo discurso sobre la defensa y la difusión de la cultura, pronunciado en Valencia, al clausurarse el segundo Congreso internacional de escritores, en julio de 1937. No podemos menos que citar *in extenso* la media página de su magnífico final:

«Cuando a Juan de Mairena se le preguntó si el poeta y, en general, el escritor debía escribir para las masas, contestó: Cuidado, amigos míos. Existe un hombre del pueblo, que es, en España, al menos, el hombre elemental y fundamental, y el que está más cerca del hombre universal y eterno. El hom-

bre masa, no existe; las masas humanas son una invención de la burguesía, una degradación de las muchedumbres, basada en una descualificación del hombre que pretende dejarle reducido a aquello que el hombre tiene de común con los objetos del mundo físico: la propiedad de poder ser medido con relación a unidad de volumen. Desconfiad del tópico *masas humanas*. Mucha gente de buena fe, nuestros mejores amigos, lo emplean hoy, sin reparar que el tópico proviene del campo enemigo: de la burguesía capitalista que explota al hombre y necesita degradarlo; algo también de la iglesia, órgano de poder, que más de una vez se ha proclamado instituto supremo para la salvación de las masas. Mucho cuidado; a las masas no las salva nadie; en cambio, siempre se podrá disparar sobre ellas. ¡Ojo!»

En este mismo discurso, Antonio Machado, que a través de una de las salidas más ingeniosas de Mairena, aconsejara a los jóvenes *hacer política*, siempre a su modo desinteresado, «aunque otra cosa os digan los que pretenden hacerla sin vosotros y, naturalmente, contra vosotros», transcribe íntegramente sus inolvidables impresiones de *Los milicianos de 1936*. ¿Cómo no citarlas, siquiera en parte, a nuestra vez?

El maestro empieza preguntándose por qué aquellos valientes le recuerdan siempre la misma frase de Manrique, su verdadero hermano mayor. Y se contesta con estas pocas líneas extraordinarias:

«Tal vez será porque estos hombres, no precisamente soldados, sino pueblo en armas, tienen en sus rostros el grave ceño y la expresión concentrada o absorta en lo invisible de quienes como dice el poeta, *ponen al tablero su vida por su ley*, se juegan esa moneda única—si se pierde no hay otra—por una causa hondamente sentida. La verdad es que estos milicianos parecen capitanes, tanto es el noble señorío de sus rostros.»

Nada pudieron los señoritos falangistas con sus generales marroquíes frente a estos heroicos milicianos de 1936 cuando el 18 de julio, sin más armas que sus puños, los arrojaron de sus cuarteles de Madrid y Barcelona. No por cierto para que volvieran a jurar su amor a la sedicente República de trabajadores. De ella estaban todos tan desengañados como el mismo poeta, que a la víspera no más del infame complot, había escrito en su libro estas palabras vaticinatoras de acuerdo con su habitual procedimiento novelístico:

«¿Qué hubiera pensado Juan de Mairena de esta segunda República—hoy agonizante—que no aparece en ninguna de



sus profecías? El hubiera dicho, cuando se inauguraba: ¡Ojo al sedicente republicanismo histórico, ese fantasma de la primera República! Porque los enemigos de esta segunda habrán de utilizarlo, como los griegos utilizaron aquel caballo de madera, en cuyo hueco vientre penetraron en Troya los que habrían de abrir sus puertas y adueñarse de su ciudadela. Y perdonadme el empleo de un símil tan poco exacto, porque este caballo de nuestros días a que aludo no es tan de madera que no haya necesidad de echarle de comer antes y después de tomar la fortaleza.»

Quienes duden todavía de la clarividencia excepcional de Antonio Machado, pueden buscar si quieren esto otro en un capítulo anterior:

«Es cierto—decía proféticamente mi maestro—que se acercan tiempos terribles, revoluciones cuentísimas, entre cuyas causas más hondas pudiéramos señalar, acaso, la discordancia entre la acción y sus postulados ideales, y una gran pugna entre la elementabilidad y la cultura que anegue el mundo en una ingente ola de cinismo. Estamos abocados a una catástrofe moral de proporciones gigantescas, en la cual sólo queden en pie las virtudes cínicas. Los políticos tendrán que aferrarse a ellas y gobernar con ellas. Nuestra misión es adelantarnos por la inteligencia a devolver su dignidad de hombre al animal humano.»

\*

Los intelectuales españoles, contrariamente a los rusos, que se pasaron dos o tres décadas estudiando la revolución que el antiguo imperio de los zares llevaba en sus entrañas, dieron más bien por elegancia en anunciar el caso de todas las revoluciones, conformándose modestamente con las representaciones diplomáticas de la República en el exterior...

Así cuando estalló la insurrección militar, no en las circunstancias elegidas por ellos desde afuera, sino por Hitler y Mussolini desde adentro, puede decirse que el único escritor español que había intuido algo de lo que se avecinaba, era Antonio Machado. Los demás, entre los que no faltaron algunos teóricos socialistas\*, negaban hasta la posibilidad de una inter-

\* En una conferencia titulada «Paralelo histórico entre la revolución rusa y la española», Luis Araquistáin dijo: «Las grandes potencias circundantes harto tienen que hacer con sus propios problemas nacionales e internacionales. Además, una España socialista sería mejor servidora de la paz, es decir, de la política que hoy siguen Francia e Inglaterra, nuestras vecinas de más cuidado, que una España fascista o simplemente democrática». Véase *Leviatán* N.º 22. Marzo de 1936.

vención extranjera. Por eso no tuvieron más remedio que seguir a la zaga de los «médicos, retóricos, fonetistas, ventrílocuos,—que no siempre son las más inteligentes»; pero sí los más serviles. Estos precisamente erigieron la obediencia ciega y el adulo interesado en normas políticas. El servicio de espionaje y delación corría naturalmente por su cuenta.

Los socialistas, incapaces de improvisar un Lénin y un Trotsky españoles, que no se improvisan, cedieron. Y sólo remedos pintorescos de aquellos titanes entraron al gabinete llamado de la victoria.

Machado entreviendo todo esto, que condujo a su pueblo al desastre, no dejó de fustigarlo a su manera en la revista *Hora de España*. Vamos a citar algunos párrafos sin cuidarnos mayormente de la medida, porque confirman punto por punto cuanto llevamos dicho.

He aquí ante todo una reflexión sobre la tan cacareada unidad que predicaban los más audaces por boca de ganso:

«La unión constituye la fuerza. Es una noción elementálísima de dinámica contra la cual nada tendríamos que oponer si no hubiera tontos y pillos (los tontos y los pillos distan mucho menos entre sí de lo que vulgarmente se piensa) que pretenden acomodarla a sus propósitos, y que pugnan el acercamiento y la unión de elementos heterogéneos, dispares y contrapuestos, que sólo pueden unirse para estrangularse.»

El presentimiento del trágico fin de la contienda parece asomar en seguida:

«Si algún día España tuviera que jugarse la última carta —habla Juan de Mairena—no la pondría en manos de los llamados optimistas, sino en manos de los desesperados por el mero hecho de haber nacido. Porque éstos la jugarían valientemente, quiero decir desesperadamente, y podrían ganarla. Cuando menos salvarían el honor, lo que equivaldría a salvar una España futura. Los otros la perderían sin jugarla, indefectiblemente, para salvar sus míseros pellejos...»

Y todavía esta nota de la misma fecha, que se dijera la conclusión de su testamento político:

«Y cuando os queden pocas horas de vida, recordad el dicho español: *de cobardes no se ha escrito nada*. Y vivid esas horas pensando que es preciso que se escriba algo de vosotros.»

\*

Pero donde Antonio Machado lleva su independencia de espíritu más lejos, es en una carta al crítico ruso David Vigods-



ky. En ella el maestro, que en su libro sobre Juan de Mairena había escrito: «No penséis que vuestro deber de retóricos es engañar al hombre con sus propios deseos; porque el hombre ama la verdad hasta tal punto que acepta anticipadamente la más amarga de todas», conversa en tono familiar de Federico García Lorca y de «su» Granada. De esta última dice que es también «una de las ciudades más beocias de España, más entontecida por su aislamiento y la influencia de su aristocracia degradada y ociosa, de su burguesía irremediamente provinciana» y de aquél—primero entre los primeros de su generación—añade lo que ninguno de sus panegiristas se atrevería a decir nunca: «que Lorca era políticamente inocuo, y que el pueblo que Federico amaba y cuyas canciones recogía no era precisamente el que canta la Internacional.»

A veces Machado le falta el respeto al propio Marx y con su punta de antisemitismo habla de «su visión usuraria del futuro.» Pero al acatamiento absoluto es preferible la irreverencia histórica, injusta y todo.

\*

Durante la guerra sin cuartel con que las grandes «democracias»—Estados Unidos inclusive—permitieron ahogar en sangre al valeroso pueblo español, murieron, víctimas de sus propias contradicciones otras figuras literarias del 98. Pero no las sentimos casi, porque las habíamos borrado antes de nuestro sentimiento. Sólo la extinción de Antonio Machado junto a tantos héroes anónimos en el terrible éxodo pirenaico, nos ha conmovido hasta las lágrimas. Porque sin proclamarlo nunca, en ningún tono, Antonio Machado era de veras uno de los «grandes europeos» del siglo XX. Muchas de sus tardías páginas en prosa pueden colocarse junto a las mejores de Thomas Mann o André Gide. Si alguna vez Waldo Frank o Jean Cassou—pongamos—se deciden a verterlas cuidadosamente a sus respectivos idiomas, la débil inteligencia española va a serles deudora del redescubrimiento de Juan de Mairena. Y esta contribución apócrifa y quijotesca será una prueba más de la conciencia poética de Antonio Machado y de su universalidad.



En esta bellísima Colección de obras maestras, editadas con un refinamiento inigualado en el país, han aparecido los siguientes títulos:

J O R G E M A N R I Q U E

**COPLAS A LA MUERTE DE SU PADRE**

150 ejs. numerados, en papel Shadow-mould Narcissus. Edición manuscrita. Rústica: \$ 300.— Con pastas en pergamino rotuladas a mano y estuche de bibliófilo: \$ 600.— (Agotada)

M I G U E L D E C E R V A N T E S

**E L L I C E N C I A D O V I D R I E R A**

230 ejs. numerados, en papel Shadow-mould Narcissus. Edición facsímile para el 4.º Centenario del nacimiento del autor. Rústica: \$ 300.— Con pastas en pergamino rotuladas a mano y estuche de bibliófilo. \$ 600.—

S E M T O B D E C A R R I O N

**P R O V E R B I O S M O R A L E S**

120 ejs. numerados, en papel Shadow-mould Laurel, en rústica: \$ 300.—  
30 ejs. numerados, en papel de tina, blanco, con pastas de pergamino rotuladas y doradas a mano y estuche de bibliófilo: \$ 700.—

.....

PEDIDOS A LA REVISTA **Babel** ALAMEDA 2555, SANTIAGO



**ROPA**  
**RUDDOFF**

*El sello de  
Distinción  
conocido en todas partes*

SALVADOR SANFUENTES 2853

NI AL HACER TRAJES NI  
AL LESGILAR PROCEDE EL  
HOMBRE SIMPLEMENTE POR  
AZAR, Y SU MANO VA SIEMPRE  
GUIADA POR MISTERIOSAS  
OPERACIONES DEL ESPÍRITU.  
EN TODAS SUS MODAS Y  
TRABAJOS PREPARATORIOS  
SE ENCONTRARÁ ESCONDIDA  
UNA IDEA ARQUITECTÓNICA;  
SU CUERPO Y SU TRAJE SON  
EL SITIO Y LOS MATERIALES  
EN EL CUAL Y CON LOS  
CUALES HA DE EDIFICARSE  
EL EDIFICIO EMBELLECIDO  
DE SU PERSONA.

*CARLYLE/Sartor Resartus*



**ROPA**  
**Ruddoff**

SUCURSALES: SANTIAGO - VALPARAÍSO Y CONCEPCIÓN